

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS



Gratitud

LA debo, y grande, a mi pueblo, a este Alcázar comodón que, aparentando indiferencia, lleva soterrados los más encendidos sentimientos caballerescos y, por menos de nada, adelanta el pecho y se pone en camino de la aventura.

¡Qué poco te conocen, pueblo mío, los que te tachan de escéptico y acomodaticio!

En relación con estos cuadernillos, tengo que declarar, otra vez, como lo hago siempre en honor de la justicia, que aunque los haga yo, son obra de tanta gente, que como del pueblo hay que considerarlos, englobando en ese concepto a los que sería imposible citar uno por uno. Y al pueblo he de testimoniarle, casi más que la gratitud, el agrado, el placer que yo recibo, al ver la prontitud, el

celo y el gusto con que cualquier alcazareño responde a la menor indicación que se le haga con un fin desinteresado y noble y las molestias que se toma para contribuir con su ayuda al esclarecimiento de cualquier detalle que haga resaltar el carácter de la vida alcazareña.

En la serenidad augusta de los amaneceres, percibo en mis oídos el tenue aleteo de cientos de imaginaciones laboriosas que, incansablemente, como las abejas la miel, elaboran este dulce néctar del conocimiento de lo nuestro, que es la razón de nuestro propio ser, de nuestra sangre, de nuestra vida tradicional, y me siento dichoso, dichoso y orgulloso, de la hermandad y compenetración con tantas personas buenas que sin ningún interés utilitario se devanan los sesos y me hacen compañía espiritual en los desvelos incontables de las noches solitarias.

Al considerarlo ahora, la vanidad me hace creer que nadie ha tenido este placer antes y mi satisfacción es inmensa porque este gusto no es mío, sino de todos, y juntos, nuestros pensamientos se remontan a las alturas del ideal apartándose un poco de las pequeñeces del vivir y ahí está el premio: en que lo puño y desinteresado nos una y nos haga olvidar lo emponzoñado y discordante. ¡Qué alegría de dar algún motivo a esa fraternidad tan alcazareña, aunque sea con un trabajo tan inútil.



Ramas y raíces

Cuanto más se observa la vida retrospectiva del lugar, más llama la atención lo numeroso de las familias, no obstante las epidemias y las endemias que las diezaban y lo corriente de que, tanto hombres como mujeres, se casaran dos o tres veces; el matrimonio en terceras nupcias era habitual.

Sin comprobación estadística se aprecia que los partos y las pulmonías fueron, entre las enfermedades agudas, las causas más frecuentes de defunción de la mujer joven; más que el parto en sí, las complicaciones infecciosas del mismo, contra las que no se tenían recursos. Entre las dolencias de duración, la tisis, consecutiva a la miseria, se llevó la palma con gran predominio.

Estos hechos complicaron los parentescos tanto, que la mayo-

ría de las veces hay que renunciar a seguirlos y conformarse con el conocimiento más elemental para ofrecer a los presentes el recuerdo de algún antepasado cuya memoria debe conservarse por algún detalle ejemplar de su vida.

Si difícil es la genealogía, calcúlese cuánto más no lo será el conocimiento del carácter y del medio ambiente ya caducados, aparte de la delicadeza que entraña, por su relativa proximidad, la susceptibilidad de las personas desconocedoras de los imperativos históricos. Pero, el conocimiento del factor humano es fundamental para penetrar bien en la entraña de la vida del pueblo, que no puede conocerse ni sacar utilidad para los venideros sin ahondar bien en el conocimiento de los individuos, sus actos y sus motivaciones. Hay que estudiar la tierra y los hombres criados en ella, para sacar las debidas enseñanzas y valorar las posibilidades futuras.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

Mes de Julio Del año 1961	PUBLICACIONES DE LA FUNDACION MAZUECOS DE ALCAZAR DE SAN JUAN	FASCICULO DECIMO
------------------------------	--	---------------------

Mujeres nuestras



PRECIOSA fotografía de una mujer hermosa: fina, finísima, delicada y guapa; de una belleza honesta, nada provocativa, nada «vampiresa», casta y recatada, con la limpidez del horizonte manchego, raso y sin marañas.

Tiene una elegancia impresionante, dentro del estilo de la época, de la pobreza reinante y de la rudeza de la familia, porque se trata de la Gabina Romero Mazuecos, hija de Fernando Romero y de una hermana del abuelo «Rufao», la Josefa. Fué la primer esposa de Benigno Quintanilla, de cuyo matrimonio quedó aquel ahilado Sebastián, que tuvo todos los defectos y los inconvenientes del hijo único.

A pesar de todo, el hermano Fernando tenía cuartejos y la Gabina lleva un gran vestido de merino, un pañuelo de los que decían de tórtola, anchas puntillas en los puños de la chambrá, pañuelo blanco al cuello, hermoso abanico de hueso y seda, bordado, con borla colgante y moño de picaporte. No le falta detalle para que realce más su cara angelical y su expresión de inocente pureza, todavía resaltada por el fondo campestre y el montón de ramaje o maleza silvestre que le da en el halda.

Al ojo médico, hecho a intuir la intimidad orgánica, le parece que en la expresión de esta cara hay demasiado sosiego, demasiado desentendimiento del contorno y una cierta abstracción, rara al hacerse una fotografía, como si le fuera imposible apartar el pensamiento de la entraña propia. La boca, además, difiere de la finura de la cara. Es probable que se encuentre en estado y con poco tiempo de vida, porque murió a poco del parto de *tisis galopante*, según un concepto clínico, ya caducado.



AS fotografías antiguas de escuelas y maestros, dan testimonio

de la necesidad sentida en Alcázar, antes que en ninguna otra parte de la comarca y de como esa necesidad permitió la formación de agrupaciones, al frente de las cuales figuraron personas más o menos notables, cuyo recuerdo debe conservarse, ya que si Alcázar es un segundo Madrid, se lo debe a la Estación:

«Alcázar, ya no es Alcázar, que es un segundo Madrid; ¡Quién ha visto por Alcázar pasar el ferrocarril!».

A la Estación y al sacrificio ignorado de aquellos hombres, que instruyeron y formaron a la juventud de su tiempo, completamente cerril, singularmente a aquel benemérito alcazareño, vecino del barrio de los yeseros, el señor Bernardo, «El Cardaor», que libró las más descomunales batallas contra el analfabetismo local y enseñó a leer y escribir a todos los que entraron en la Estación, sin excluir a sus propios hijos, estacionistas también. Labor penosa, en verdad, la de desbatar a nuestros antepasados, tan rústi-

Chicos y chicas

cos, que entre el personal de máquinas de la Estación,—siempre el más pretencioso y arrogante,— había quien para saber cuál era su máquina

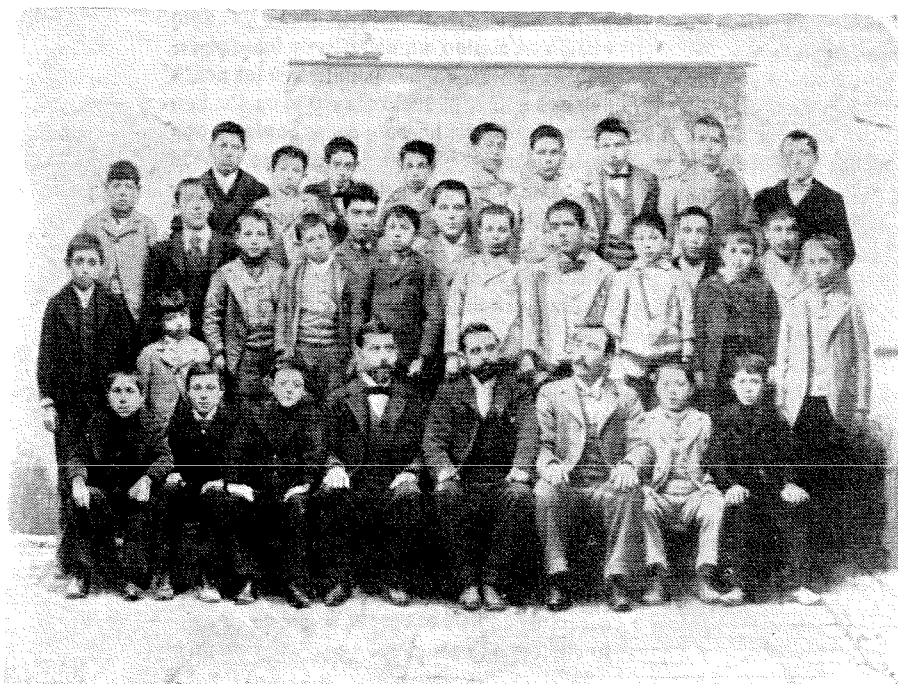
le ataba una tomiza en las ruedas, recurso contra el cual atentaban los que sabían firmar quitando las tomizas y obligando a los otros a poner los *ataeros* en piezas menos visibles, ya que el omitirlos les hubiera creado un conflicto horroroso al ir a prestar servicio.

Un poco antes, pero coincidiendo casi con lo de los hermanos Arroyo,—D. Felipe y D. Cesáreo,— existió otra escuela en la calle de San Andrés, donde estuvo Correos, más arriba de la casa de la «Millana», desde donde se mudó a las casas del Conde, en la esquina del Paseo, que después ocupó D. Demetrio y ahora la maquinaria agrícola. De ese colegio es esta notable fotografía de paisanos bien conocidos, aunque desaparecidos casi totalmente. Los que figuran en ella y que se les distingue perfectamente, son, de izquierda a derecha y de arriba a abajo:

Primera fila: Cayetano Valle, el mayor de los hijos de Valle, el maquinista. 2—Nicolás Cenjor, el de la corbata, que fué vigilante de la cárcel.

3- Fernando Lino Torres, de Criptana, interno. 4- Desconocido. 5- Fernando Caro. 6- Ignacio Olivares. 7- Eliseo Alvarez Arenas, actual General de división, tan querido en Alcázar. 8- Alfonso Alvarez Arenas. 9- Marto Espadero. 10- Emilio López Quirós, el mayor de los hijos de Ceferino Tapia, el de la lonja, que se casó con la hija de D. Enrique. 11- Andrés Taboada, el hijastro de Francisco Roper, el Secretario.

Segunda fila: Enrique Manzaneque, el boticario, actualmente en Colombia. 2- Ramón Valle. 3- Vicente Fisac, el hijo del conocido Sargento del mismo apellido. 4- Pe-



dro Hernández. 5 - José Garre, hijo del conductor. 6 - Emilio González. 7 - Julián Olivares. 8 - Eduardo Olivares. 9 - Antonio Castellanos, «Pucheritos». 10 - Carlos Pintado, el de D. Gonzalo. 11 - Vicente Lino Torres, de Criptana. 12 - Desconocido. 13 - Felipe Arroyo, el hijo. 14 - Desconocido.

Tercera fila: Francisco Nieto Camacho, el aprendiz de «Fachano», oficial de Tomás Álvarez y maquinista de la Estación, actualmente jubilado. 2 - Carlos Sánchez, hijo de un revisor. 3 - Carlos Olmos. A continuación los tres Profesores: D. Diego González Galiana, de grato recuerdo.

D. Diego era hermano de D. Vicente, los dos Maestros. Habían nacido en Manzanares. Muy jóvenes fueron a Herencia y de allí vinieron a Alcázar, donde empezaron a ejercer su profesión. El carácter de D. Diego era más serio que el de su hermano, más recto y menos adaptable a la

inquietud chiquilleril; por eso se le vio siempre en la enseñanza de adultos, como profesor particular o de Academia y por eso le gustaban los números y por eso fué a parar al Juzgado de Instrucción del que fué oficial hasta su muerte, har-to de papeles. D. Fabián Villora, Profesor de matemáticas, director del Colegio de Primera y Segunda Enseñanza; D. Baltasar, Profesor de matemáticas, que se casó con una de Manzanares. Dos Profesores de matemáticas, además de Don Diego, que también lo era. Por algo les habrán tirado tanto las cuentas siempre a los padres en Alcázar. A continuación, Manolo Pintado, el verdadero Boticario de la **Botica de D. Gonzalo**, su padre, a quien la Botica retiró antes y con antes de su profesión de Médico, y el último, Antonio Sereno, hijo de un Inspector de la Estación.



DOÑA FERMINA

Este retrato de la labor de Doña Fermína, es de lo más conmovedor que puede ofrecérsele a los que sienten las cosas alcazareñas, por figurar en él un grupo de muchachas, niñas unas, apenas adolescentes las más, casi todas hijas de gañanes, de gañanes de lo suyo o que se fueron haciendo lo suyo sin dejar de trabajar lo ajeno y que formaron la entraña de la vida alcazareña y fueron el núcleo de donde arrancó la vida familiar independiente.

¡Qué sello de gañanía tienen estas chicas!, sobre todo las mayores, que son las que ambientan la fotografía, con sus moños de rodete y alguna de picaporte, como si fueran mujeres ya, sus pañuelos de merino, su aplomo, su seriedad.

Estas mocejas tuvieron, además de la de Doña Fermína, la gran escuela de su casa, de trajín inacabable, que ellas iban aprendiendo a regir obligadas por la necesidad; la escuela de la vida pobre, dominada a duras penas por el esfuerzo del hombre honrado que por sí solo ha de salir con las necesidades del hogar. Y este afán ineludible iba impregnando y modelando a las criaturas, no solo en lo moral sino hasta en lo físico, porque muchas de estas chicas parecían virgencillas aniñadas, serias, templadas por la escasez y con un aire de amas de casa desde pequeñas, capaces de hacer grandes fortunas si hubieran tenido hombres emprendedores.

Se conoce bien a casi todas, pero, a pesar de ello, no da la fotografía idea exacta de la finura de aquellas caras, como las de la Higinia

Beamud, la María de «Borrego», la del Olayo, la «Chirola», las «Tocinillas»—Paula y Pura—y cuantas las rodean. La hermosura alcanzó en algunas un matiz rutilante, como en la «Montalva», en «la Paca de Requena» y otras que pueden apreciarse a pesar de lo diminuto de las figuras y de lo gastado de la fotografía. Las que figuran en ella, de arriba a abajo y de izquierda a derecha, son:

Primera fila: La Florentina del tío Olayo, de la calle del Santo, que se casó con el «Canijo» de Juan el «Mueso». 2 - María Josefa la «Pepica», que se casó con Antonio Leal y tuvieron la tienda que fué de Morales en el Arenal; parece biza, pero no lo era, aunque variaba la posición de los ojos. 3 - La del flequillo rizado, la Juliana Alises, hermana de Pepe, el que se casó con la Gumersinda de «Carabina». 4 - Emilia Medina, la de la «Mónica» de la calle Ancha. 5 - Alejandra Octavio Muñoz, prima de la «Solita». 6 - Angela Abengózar, la del «Galgo» del Arenal, que se casó con Inocente Campo, el «Chato». 7 - Higinia Beamud, después mujer de Pantoja, el de la huerta, con la cara de virgen que conservó hasta su muerte. 8 - Solita Muela Muñoz, la cuñada de la Margarita de «Perra» que vive en la Trinidad. 9 - Carmen Quirós, la de «Corredera» que se casó con Pretolo Barrilejo. 10 - Alejandra Quiralte Rivas, la de «Corona» que vive en Santo Domingo.

Segunda fila: Francisca Montalvo, la de la Cruz Verde, que se casó con Vicentón el de la Alameda. 2 - Gregoria Menasalvas, la del «Chiro-



echaban, ora los pies, ora las piernas, para aprovechar bien las partes menos gastadas. ¡Claro que no se lucían tanto como ahora! Está en su mesa de trabajo, sin más trastos que el tintero, nada vigorosa y apesar de la alegría del momento, más bien deprimida y resignada, como es habitual en las Maestras y, ésta, además, como minada por sufrimientos orgánicos que no le impidie-

lo», hermana del fraile. 3 - María la de «Boceras», prima de los Logroños. 4 - Paula la «Tocinilla», mujer de Toribio el «Niño». 5 - La del flequillo rizado, Antonia Montesinos, hermana de la Mercedes de «Pablete». 6 - No se ha podido identificar. 7 - Desconocida. 8 - Nemesia Escribano, mujer de Gervasio el «Repretao». 9 - Francisca Correias, la de en medio de las hijas del tío Ambrosio, el patriarca de la calle del Santo, después mujer de Ceferino Tejero. 10 - Josefilla, la monja de la «Palustra».

Tercera fila: La Casimira del Cartero de la calle Ancha. 2 - María Roper, la mujer del Angel de «Borrego». 3 - Mercedes, la viuda de Tajuelo. 4 - La Maestra, Doña Fermina García de Medrano. Fué una buena Maestra que sonó mucho en su tiempo. Parece que era de Pamplona, de carácter recto y muy laboriosa: las chicas salían sabiendo coser, zurcir, hacer media y hasta cortar, que les enseñaba los sábados. El detalle de hacer media y zurcir, revela el claro sentido y espíritu práctico de Doña Fermina, porque entonces remendaban mucho la ropa todas las mujeres, incluso las medias, de aquel hilo fuerte, repretado, que perdía el color con el largo uso y cabeceaban del mismo punto y les

ron vivir bastantes años. 5 - Benita Beamud, la que se casó con Julián «Malagueña», hermana de la de Pantoja. 6 - Pilar Alvarez, hermana de Tomás, el herrero. 7 - Rosario Flores, la hija de Ulpiano el zapatero. 8 - Balbina Villacañas, la sillera, mujer de Perico el de las «Gregorionas». 9 - Antonia la «Chevena» la del Parque.

Cuarta fila: Ascensión Illescas Navarro, la que se casó de segundas con Emiliete Ortega. 2 - Victoriana Abengózar, que murió de chica, a los once años, atropellada por un carro, (otra hija de Diego el «Galgo»). 3 - Pura Campo, «la Tocinilla» que se casó con Orosio Pareja. 4 - Felipa López, la del Cartero. 5 - Sin identificar. 6 - Cándida Atienza, la de la «Cacha», 8 - María Peñuela, la de Carreras, mujer de José «Pistaño».

De las sentadas en el suelo, la del centro de las de la izquierda, es la Ignacia Illescas, la «Benalaca» que se casó con «Churrupitos», hermana de la de Emiliete, hijas de la Teresa las dos. La que le sigue, junto a la mesa, es la Victoria Beamud, la hermana más chica de Aquilino, mujer de Victoriano el «Viejo». La tercera de las de la derecha, es la Paca de Requena, que se casó con el mayor de los «Quiñones» de la Tahona. Las otras no se han podido identificar.



DOÑA LUCRECIA. DON VICENTE. DOÑA ASUNCION...

D. Vicente y Doña Lucrecia fueron un matrimonio de Maestros de mucho relieve en la población, respetables y relacionados. Y no digamos de Doña Asunción, con esa opulencia de dama romana, arrogante y aureolada por aquello de ser cuñada de D. Juan el «Jugador», incomprensible detalle admirativo del espíritu lugareño, pero lo que en realidad hacía atrayente a esta mujer era su señorío natural, su carácter abierto, su trato y su simpatía arrolladora de buena cordobesa. Su libertad de acción, por el celibato, le permitía dedicar a las niñas el tiempo que necesitan, lo contrario de Doña Lucrecia, cargada de hijos, sin tiempo ni fuerzas para la Escuela.

De ahí la diferencia que se observa en la labor de tan excelentes Maestras y de ahí que Doña Asunción pudiera sacar de entre sus alumnas hasta alguna Maestra, como Doña Jesusa Santos Pozo, actual Maestra del Santo, que la recuerda con devoción.

Asombran estas fotografías por el número de alumnos y no se comprende lo que pudieran hacer los Maestros, aparte de tenerlos recogidos.

La Escuela de Doña Lucrecia se desdobló y esa fue la causa de que viniera Doña Asunción, estando juntas hasta que se dispuso de local en la carretera de Herencia.

Doña Lucrecia era de Carrión de Calatrava y sus padres sastres. Se apellidaba Moreno Hervás. Huérfana de padre y muy joven, sobre los 15 años, apenas terminada la carrera, fué a Herencia con su madre, Doña Josefa Hervás, señora a la que el andar entre paños prestó cierta distinción y que no tenía más que esa hija. Allí conoció a D. Vicente.

Doña Asunción se apellidaba Valverde Sánchez-Aguayo y era cordobesa.

D. Vicente Galiana era un patriarca que aguantaba con tranquilidad, como cosa irreme-

diable, el vocerío y el pataleo chiquilleril, siendo acaso lo mejor de su enseñanza, aparte de la lectura y escritura, ese ejemplo de comprensión y tolerancia para afrontar con calma toda clase de temporales. A su lado se suavizaban los genios más ásperos. Y no era poco hacer por la vida alcazareña el dulcificar el carácter de las nuevas generaciones. No desdeñó la galantería y llevó a los chicos muchas veces al escenario del teatro para que se iniciaran en el arte. Veía la vida con regocijo y, como todos los enamorados, tuvo la amargura de la despedida, tan llorosa, que ni adiós pudo decir a los chicos cuando se fué, como recuerda, todavía conmovido, Isaías Cruz, este gañán alcazareño, rebosante del buen sentido y llana naturalidad que le inculcara con su ejemplo aquel Maestro inolvidable.

En la labor de Doña Lucrecia y Doña Asunción, que se fotografió en el grupo que ofrecemos, hecho en el patio de Juan Antonio Romero, donde está ahora «La Equidad», se han podido identificar, de arriba a abajo y de izquierda a derecha, las siguientes:

Primera fila: La Antonia de «Chinas». 2 - Jesusa Santos Pozo, la Maestra de ahora. 3 - Paca, la hermana de Leovigildo, que se casó Luis Montesinos. 4 - Resurrección Angora, la hija de Justo, que falleció moza. 5 - Juana Atienza, la de «Tello»



el de las garrotas. 6 - Lola Santos. 7 - Mercedes Galiana. 8 - Pepita Vázquez, mujer de Vicente Sol. 9 - Consuelo Alarcos, la más chica del Angel. 10 - Pura, la mujer del «Recental». 11 - Juliana la del «Arpa». 12 - Dolores Cortés, hija de un Maestro. 13 - Luisa Murcia. 17 - Rosario, la hija de Alberto el «Pastor».

Segunda fila: La Jesusa, mujer de Paco «Jota» 2 - No se sabe. 3 - No se sabe. 4 - La Isabelilla de «Chicharras». 5 - No se sabe. 6 - La Antonia del «Angelón». 7 - Felisa Gallego. 8 - María, la del tío Juan «Pestes». 9 - La Josefa la «Remontona» 10 - Trinidad Escribano. 11 - Antonia, la hija de la Sinforosa. 12 - Esperanza Montoya. 13 - Consuelo de Miguel, la hermana de Agapito. 14 - Rumalda Montoya, la de la calle de Santa María. 15 - Desconocida. 16 - Felicidad Leal, hermana de los del Estanco. 17 - Carmen Galán, la de «Rompe». 18 - Santiago, la de Francisquillo «Bodiquilla». 19 - Joaquina, sobrina de Maximino el de los Palos, que se casó con el «Roco».

Tercera fila: 1 - No se sabe. 2 - La Benita Molina. 3 - Julia Alcolado, la del «Molinerillo Hermoso». 4 - Desconocida. 5 - Dolores, la hija de Félix el zapatero. 6 - Angelita de Mella. 7 - Joaquina la «Potarrona». 8 - Vicenta Vargas. 9 - Olvido Caravaca. 10 - Evarista Paniagua. 11 - María

Luisa Rodríguez, hermana de Alfredo el del Registro. 12 - D.^a Lucrecia, la Maestra. 13 - Lucrecia Galiana, la hija de D. Diego. 14 - Antonia Campo, la mujer del «Esquilaor». 15 - María Gracia Chavarrías, 16 - Manuela la «Pachacha». 17 - Francisca la «Caraca». 18 - Desconocida. 19 - Una Lillera.

Cuarta fila: 1, - 2, - 3 - y 4, Desconocidas. 5 - Mujer de Manolo el camarero. 6 - Esperanza la «Caraca». 7 - La de «Garibaldi» el de la Corredera. 8 - Desconocida. 9 - Desconocida. 10 - Crescencia Cortés. 11 - Vicente, el hijo de la Maestra. 12 y 13 las hijas de Fernando el «Corredor». 14 - La Paca la «Porrera». 15 - La Pilar de «Calcillas» 16 - La Aureliana Requena.

Quinta fila: La Angelita, la de los Ortega, el número 4, 5, 6 y 7 las nietas de la Luisa la «Peina». 8 - Desconocida. 9 - Vicencia de Miguel, hermana de Agapito. 10 - la hija de Naval el carpintero. 11 - Desconocida. 12 - 13 - 14 - y 15 - Desconocidas. 16 - Ascensión Escribano, la hermana de la Eva. 17 - Eusebia la de Ginés el cabrero. 18 - Desconocida. 19 - Bonifacia la «Chicharras» de la calle del Santo.

La de la derecha, de las dos que están solas, es Agustina Galiana, la de Diego, que murió moza.

En la siguiente fotografía de la Escuela de D. Vicente, hecha sobre el año 1908 al 1909, están de arriba a abajo y de izquierda a derecha:

Primera fila:—Carlos Escribano Cortés, el que se casó con la de Maldonado, maquinista. 2 - José Julián Díez, el sobrino de Orsini, Inspector de la Estación. 3 - Ataulfo Sáiz. 4 - Julián Ramos Chocano, nieto de Santos, el zapatero de la calle de los Muertos, hijo de Ramos el conductor. 5 - Saturnino Julián Díez, el otro sobrino de Orsini. 6 - Fernando Alcañiz Castellanos, el hijo de Cándido el zapatero, maquinista. 7 - Avelino de Miguel Pérez-Vázquez, el hermano más chico de Agapito. 8 - Angel Castellanos «Melenas». 9 - Abdieso Alberca. 10 - Alfonso López Quirós, el más chico de Ceferino Tapia, el de la Lonja. 11 - Manolo Santos Montes, nieto de Eugenio Santos, el de la tienda, hijo de Antonio. 12 - Guillermo Requena, el que mataron las bombas en la calle Machero. 13 - Socorro Carballo, el hijo del «Tío Medior».

Segunda fila: Aurelio Castellanos, el hijo de la Amalia. 2 - Francisco Escribano, el hermano de Abel y de la Eva, muerto en plena juventud. 3 - Isaías Cruz. 4 - Desconocido. 5 - Juan Antonio Izquierdo, el de la Alameda. 6 - Francisco González, el de D. Vicente. 7 - Marcial Tejera. 8 - Francisco Vela, el «Bojero», cuñado del «Perrete». 9 - José González, sobrino de Galiana, hijo de D. Diego, que murió muy joven. 10 - Laurentino Morollón, hijo de Daniel el sastre. 11 - Pablo Abengózar, el de la calle de Santa Ana. 12 - Monedero, hijo de Monedero, el guarnicionero. 13 - Francisco Alberca, el que mató el tren más allá de la casilla de «Gorrolo».

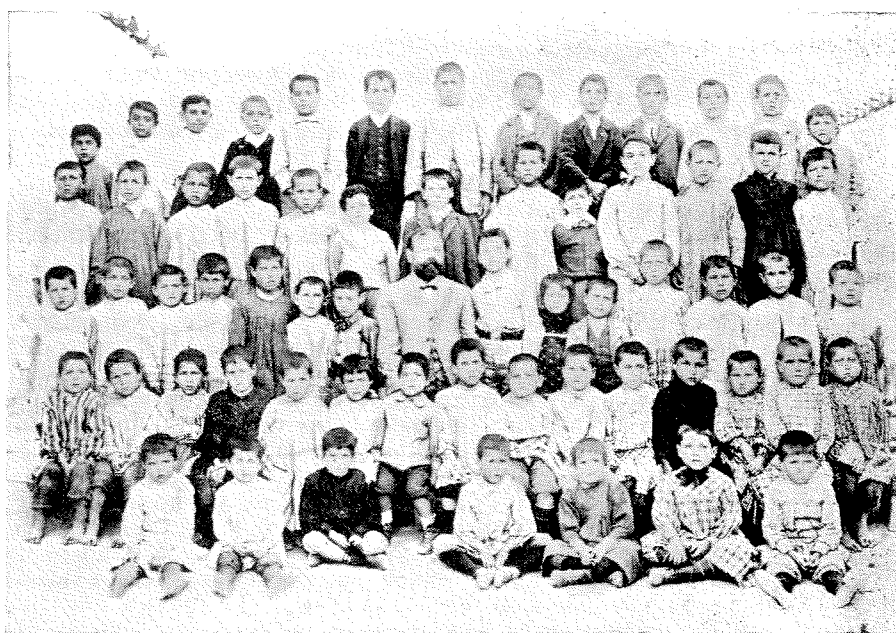
Tercera fila: 1 - Esteban Racionero, el de la calle San Juan. 2 - 3 - 4 - Desconocidos. 5 - Gabriel Agenjo el «Pío». 6 - Jesús Carmona, el panadero de La Esperanza. 7 - Román Alberca Lorente, el ilustre psiquiatra actual. 8 - D. Vicente González Galiana, el Maestro de la Escuela. 9 - Raimundo González, el hijo del Maestro. 10 - Desconocidos. 11 - Tomás

Mazuecos, el hermano de Blas el «Basto» que mató el rayo en el Charco de las Grullas. 12-Fernando Alonso, «Churrín». 13-Julián Olivares, «Malaco». 14-Justo Librado Rivas. 15-Julián Ramos Morales.

Quarta fila: 1-Fortunato Octavio, «Fariulla». 2-Desconocido. 3-Máximo Muñoz, el barbero 4-Antonio Leal Alberca, el del estanco de la calle de San Andrés, que murió su padre al explotar la caldera de la luz, detrás de la Estación. 5-Jesús Campos 6-Desconocido. 7-Diego Galiana, el Procurador de ahora. 8-Serafín Campo. 9-Manuel Ropero «Carabina», el de la Tercena de ahora. 10-Primitivo Rubio, el del «Arpa» el guarnicionero. 11-Celindo Vaquero, el hijo mayor del «Chorré». 12-Nicolás Abengózar. 13-«Solanilla», el hermano del panadero. 14-Eusebio

Rivas Cortés. 15-Jesús Comino, el hijo del maestro albañil.

Quinta fila: 1 y 2 desconocidos. 3-Alejandro Leal, el hermano de Antonio, el de la 4.ª fila. 4-Celestino Castellanos Castellanos, el del «Cadáver». 5-Desconocido 6-Jesús Pliego, «Pichiriche». 7-Demetrio Lizano, el hijo de Manuel, el cabrero.



El amor de los amores

Hace mucho tiempo que leí, no sé dónde, que el trabajo es la única ilusión permanente del hombre.

La experiencia de la vida, me ha hecho comprender la profundidad de tal aserto y cada vez lo admiro más y me convengo más con su cumplimiento. No comprendo a los que se apartan de él torpemente.

Todos los grandes oradores han dicho, que el único amor verdad es el amor patrio, el amor a la tierra propia.

Sin llegar a la supervaloración y exaltación de sentimientos con que el hombre publico, más que ningún otro, siente la patria, cualquier hombre, cuando se va sintiendo abandonado de todo, vuelve su pensamiento hacia el rincón en que se mecía su cuna, y la tierra, generosa como buena madre, como si no hubieran existido los olvidos anteriores, se abre para acogerlo en sus entrañas.

Es lo propio del hijo, irse y volver, y lo del padre, acoger y celebrar el retorno. El amor al trabajo. El amor a la tierra de uno. Últimos sostenes de la vida del hombre.

EL SABER EN EL LUGAR

¿Cómo fueron, luego, en la vida, los chicos y chicas de las Escuelas aquellas?

¿Qué favor o inconveniente pudo tener su aprendizaje en las condiciones propias de cada uno?

¿Qué diferencias se apreciaron entre las casas donde se criaron aquellos chicos y las fundadas por ellos, después? ¿Cuántas preguntas cabe formularse a los nacidos en ellos?

Nuestro Maestro por antonomasia, Maestro de vocación y por generación espontánea, el señor Bernardo «El Cardaor», era un hombre rústico, recto, disciplinado, respetuoso. A su mujer la llamaba la señora Romana, y, así, sin llegar al Don nunca, probando con ello su comedimiento, contenidos en la palabra señor, porque señor era su espíritu, los acató todo el mundo, en su pueblo y en el barrio de los yeseros, poco propicios ambos, pueblo y barrio, a los tratamientos, y, menos, para los nacidos en ellos.

A pesar de su falta de preparación o tal vez por eso precisamente, el señor Bernardo propendió a la erudición, al acumulo de conocimientos y a imponer como artículo de fe lo que decían los libros. Todos los leídos de Alcázar están formados en ese sistema de enseñanza libresco y memorista, impuesta con tesón y a correaos muchos días. El dar muchos libros de memoria era una penalidad para los chicos y un orgullo para los padres, que veían ahí el mejor camino para sus retoños. Pero el señor Bernardo daba también y sobre todo, la enseñanza de su vida, su ejemplo en el mundo, que transcendía a las familias de los chicos, creando una atmósfera de respeto no exento de temor, que no se ha extinguido todavía, a pesar de los años y de lo que en ellos ha acontecido. La influencia del señor Bernardo era tan grande en la calle como en la escuela y cuando subía por la Cruz Verde siempre iba con alguna mujer que, respetuosamente, se acercaba a preguntarle por su chico y recibía en silencio la información brusca, enérgica, pero llena de interés y de cordialidad, que no admitía réplica. El sacrificio del señor Bernardo transcendía de tal manera, que no había más que aceptarlo sin rechistar, porque era con su sangre con la que a los chicos les entraba la letra.

Los Maestros de carrera, sin excluir a los licenciados de Facultad, seguían el mismo sistema libresco, memorista y de encierro y no menor rigor que «El Cardaor». D. Cesáreo nos daba con un puntero, que tenía siempre a mano, sin hacer por eso remilgos a los cachetes y repelones, que prodigaba al paso. Las Escuelas, reducidas y mal acondicionadas, sin la menor expansión ni comodidad, parecían apriscos de ganado, de los que no se podía salir, ni lo permitía el garrote del pastor, hasta la hora de soltarnos. Expresión bastante gráfica esta de **soltar a los chicos**.

D. Vicente Galiana, también de origen académico, era otra cosa. Tal vez señaló un principio de renovación. De aquella Escuela salían los chicos a jugar, acaso por la poderosa razón de que tenían dónde, porque estaba en «Los Sitios», pero también porque el Maestro tenía otro carácter y lo veía todo con un espíritu más liberal y comprensivo, permitiendo que los chicos se desarrollaran solos, sin más cuidado que el necerario para que no se hicieran daños mayores. Pero este espíritu estaba en gran minoría. Lo predominante era el rigor, que se quedó grabado en todos los que vivimos sometidos a él.

Galiana, permitía la observación y se podía llegar a conocer y enjuiciar por cuenta propia lo que se tenía delante. La observación y el razonamiento podían llegar al conocimiento.

Con el sistema autoritario, el de, lo dijo Blas, punto redondo, no había vuelta de hoja, porque dos y dos eran cuatro. ¿No estábamos en el lugar de las cuentas, de la preocupación por el cuento de las cuentas? Lo oído o leído no admitía dudas y había que repetirlo ce por be. Con este sistema se almacenaban conocimientos

hechos sin aportación personal ninguna; con el otro se producían conocimientos deducidos por uno mismo.

Lo primero, dejaba al chico parado. Lo segundo, le ponía en movimiento.

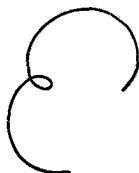
Los leídos o que hablaban de oídas, sabían reglas que citarían siempre, pero que nunca acertarían a aplicar. Tenían un conocimiento almacenado, poco trabajado, sin elaboración propia y de escasa aplicación o que al aplicarlo no resultaba bien, por falta de técnica, naturalmente, como decía Cajal.

La consecuencia fué, que los más destacados, aquellos que conservaron toda su vida el estímulo recibido del sistema que personifica el señor Bernardo, por sus condiciones sobresalientes, no desarrollaron toda su personalidad, ni lograron la situación que merecían. Podría citar muchos nombres de amigos ferroviarios, de los de las reglas de aligación y de compañía, que, ya encanecidos, aprovechaban sus descansos para repasar libros elementales, con el deseo de someterse a pruebas que mejoraran su situación y tropezaban, hasta quedar desalentados, en lo más sencillo o primario de cada materia y a ello se debe que siendo Alcázar la población que más influjo podía haber ejercido en el ferrocarril, son muy pocos los alcazareños que han ocupado cargos de relieve dentro de la organización.

A pesar de estas consideraciones a que obliga la razón, el señor Bernardo debía tener un monumento en la Cruz Verde o en la puerta de la Estación, que gracias a él, a su trabajo abnegado preparando a la gente, se abrió para que entraran miles y miles de alcazareños.

En las chicas fué diferente la cuestión. Familias y Maestras estuvieron siempre preocupadas porque aprendieran a hacer cosas. Se decía que iban a la labor y no al colegio. Con que supieran leer y escribir, se conformaba todo el mundo. ¡Qué maravilla! Pero en cambio, de aprender labores, con nada había bastante. El caso de doña Fermína, castellana vieja, hecha a la penuria de su tierra, enseñando a las chicas a remendarse las medias con su mismo punto, es bien elocuente. Y así pasó luego: las mujeres exceden con mucho a los hombres en su disposición para la vida. En cualquier casa que haya prosperado, se ve, enseguida, la mano de la mujer y si esa misma casa se detuvo en su marcha, se apreciará, de seguro, la interposición del hombre, lo mismo que en otras muchas de vida rutinaria, por resistencia pasiva u oposición tozuda del hombre, carente de aspiraciones, por aquella quietud mental primaria de los conocimientos hechos que les embotellaron de chiquitines.

Esto, que es firme y podría escribirse con nombres, apellidos, calles y números concretos, es la regla general, pero tiene muchas excepciones. No todos se fueron a la Estación. Muchos siguieron la marcha de sus casas, continuando en el campo o en los oficios del pueblo, olvidando por completo los cabos y los ríos de la Península y las reglas,—supremas reglas,—de aligación y de compañía, refrescando sus cabezas y aclarando su conocimiento en contacto con la naturaleza. Ninguno podría decir de carrerilla ya la lista de los reyes godos, aunque anden por ahí los Ataulfos, Sisenandos y Sigericos que perpetúan su recuerdo, pero, en cambio, han recobrado un conocimiento pausado, de hondo sentido, dicho con palabras llanas y claras, que agrada el oírlo, de muy superior calidad que el de algunos doctos. Y en las mujeres, para qué decir; su agudeza supera a la de las encopetadas y su charla alecciona, convence y encanta.



El genio lugareño

Lo personificaron fundamentalmente, dos hombres especiales de nuestro tiempo, por igual ásperos y de no muy buen humor, pero de buenísimo corazón y llenos de amor a su pueblo y a sus paisanos, con el deseo constante de mejorarlos y estimularlos, bien que con el uso continuo de la palmeta, por ser el método pedagógico en ellos espontáneo y por exigirlo así, también, la cazurrería de sus educandos. Eran estos, D. Magdaleno y el señor Bernardo el «Cardaor», tantas veces citados en esta obra y que hay que recordar siempre que se trata de la vida alcazareña.

D. Magdaleno fué Médico de vocación y no tuvo derivaciones compensadoras en toda su vida, sintiendo el vivir médico hasta cuando estaba retirado. Ejerció en la calle un verdadero magisterio tutelar de la vida lugareña, con su autoridad personal, que se imponía por sí misma, pues nunca tuvo cargos públicos, pero sintiendo como nadie lo conveniente para el pueblo mediaba de su motivo, por propio impulso incontenible, en todas las decisiones, abordando en la calle a unos y a otros hasta que conseguía enfocar los problemas en la forma más conveniente.

Tenía más ascendiente en los casinillos dispersos,—zapaterías, corros solaneros, carreterías,—donde tomaba parte como elemento propio—que en el Casino grande, en el que también influyó mucho, de todas maneras.

La alta estima que tenía de su posición y valer, reflejados en su casa y en su panteón, y la carencia de afectos a que le condenó su misogenismo, le hicieron sobrevalorar las cosas en que intervenía y considerar como propios, a los efectos de su defensa, los intereses comunes y como objeto de cariño exaltado todo lo de su propiedad, singularmente su alfiler de corbata, su sortija, lucidos de tarde en tarde y su caballo blanco, similar al caballo «Brillante» de Ricardo, de gallardo andar, como él mismo, que lo llevaba a todas horas, desde la del alba, por las calles del pueblo.

El señor Bernardo tuvo, por el contrario, muchos hijos y no pocos quebra-

deros de cabeza, pero ni lo uno ni lo otro restó vigor a su obra ni eficacia a su trabajo. Se dedicó a la enseñanza por vocación. Por amor al arte, aunque del arte viviera. Es el caso contrario, tan frecuente, de los Maestros de profesión, que simultanean la escuela con otras actividades que equilibren su presupuesto o satisfagan su afición.

El señor Bernardo, que fué Alguacil del Juzgado, se buscó la Escuela como ayuda, pero halló en ella su verdadera vocación y se encontraba tan a gusto, que no la abandonaba ni de día ni de noche, domesticando las fierecillas del pueblo y haciendo aptos para sus cargos a todos los que ingresaron en la Estación.

Penando y sufriendo con lo nativo, se identificó de tal forma con la necesidad del momento, que no vivía más que para satisfacerla haciendo gala de un autoritarismo rudo, bien tolerado porque tenía como fin y bandera el porvenir del educando.

En un ambiente de dejadez y pasividad, destaca el carácter de estos hombres, por su tenacidad y por su permanente actitud de arrear a la gente y sacarlos de su modorra.

Su carácter tiene el típico impulso manchego, súbito, pero difiere por su perseverante continuidad; sus oscilaciones son menores o de menor longitud de onda, como se dice ahora. No se lanzan de golpe para caer en letargo a continuación, como es lo corriente; se sostienen tensos, sintiendo el cumplimiento del deber.

El paso de estos hombres por los corros de ociosos era un reproche percibido por todos, que apenas los veían a distancia empezaban a rebullirse y a comentar lo que iban a oír enseguida.

Por allí viene D. Magdaleno: ¡Ahora veréis al pasar!

Y D. Magdaleno pasaba, muchas veces en silencio, pero soplando y bufando, como su caballo blanco en los repe-

chos y levantaba la cabeza en señal de saludo, gruñendo expresiones que nadie entendía, pero todos comprendían. En las ocasiones más apacibles soltaba un

—¡Adiós, señores!

O alguna frase irónica:

—¡Buena vida nos damos!

Daba dos o tres golpes de tos carrasqueña, más por costumbre o latigui- llo que por necesidad de toser y seguía su camino, iba y tornaba, mientras que los demás mataban el tiempo buscando la cara del sol o el abrigo del aire, que él removía al cruzar, sin proponérselo.

Las mujeres que, aún estando con los hombres, tenían otra escuela, no se reunían para hablar solamente, sino que al mismo tiempo cosían, hacían calceta

o encaje de bolillos y comprendían mejor al señor Bernardo y a D. Magdaleno, no daban la menor importancia a su consabido mal genio y los querían entrañablemente, iban a su encuentro y dejaban pasar el primer pronto, sabiendo que todo lo que venía detrás era bueno y que aquella fiereza noble la mane- jaba cualquiera a su antojo.

Estos hombres eran, como los ce- rros del contorno, elevaciones o promi- nencias un poco más visibles, pero la tierra toda es la misma y nosotros igua- les, impulsivos, inconstantes, ásperos, pero de buena cosecha si llueve bien. Necesitamos que el tiempo acompañe y si lo hiciera siempre, seríamos insu- perables.

La cesta del pan

Las chicas de la labor de D.^a Fermina, que van en este cuaderno, po- drían contarnos, casi

todas, esta historia de la cesta del pan, e igual otros cientos de chicas la- bradoras, que no figuran en el retrato.

«La cesta del pan», donde se guardaba el de cada día, pero si se cocía de pizcón se tenía en un capacho, en una orza o en una tinajilla, ta- padas con blanco lienzo. Aún entonces se tenía la cesta con el pan de uso inmediato, con los trozos, con los zoquetes, que era menester aprovechar.

La cesta del pan era el primordial, el sagrado recurso del hogar: sobre todo, que no falte el pan, se oía decir con frecuencia, que los chicos puedan ir a la cesta y no la encuentren vacía. Pan en la cesta y paja en el pajar, era lo último de que se podía prescindir en la casa de los gañanes. Con qué celo se cuidaba del pajar y de la cesta y con qué resignación se soportaban los reveses, atenuados a la cesta del pan, los años de malas cose- chas, de desgracia con los animales, de enfermedades y muertes, los años negros que obligaban a sacrificar lo que con tantas fatigas se había logra- do reunir: la tierra deseada y productora, la casa que cobijó las ilusiones, la prenda guardada para la chica.

El golpe de una mala cosecha o desgracia de un animal, era rudo, paralizante, pero carecía de esa acción continuada de la enfermedad, inaca- bable y aniquiladora, que dejaba escuálida la cesta del pan, sin nada con qué engañarlo. ¡Cuántas amarguras en las casas de los gañanes, por las di- chosas enfermedades!

La sala, con la cama pobre; el colchón y el jergón de paja, debajo. No se conocían los «jergones de muelles». La ventana, pequeña, con cruz de hierro, como en las quinterías. El candil colgado de un clavo, en la ca- becera. La taza de la mariposa, con agua y aceite, en un rincón, alumbraba toda la noche, hasta la madrugada que, como un reloj, empezaba a chispo- rrotear y se apagaba, apenas pintaba el día. ¡Qué soledad tan grande! So- bre la cómoda, frascos y cucharas y cajas de la botica. La chica de la casa, mujer desde niña, iba de un lado para otro, entre sombras, queriendo aten- derlo todo. Su cara reflejaba la zozobra, la intranquilidad, la amenaza de que la enfermedad tuviera mal fin y la casa se trastornara. ¡Cuánta pena! ¿Cómo se repondría la cesta del pan?

ENTRE SOPLO Y SORBO

COMO se han hecho muchas cosas buenas en Alcázar, se hizo esta fotografía. En ella hay uno de los alcazareños

más relevantes de su época, que ya fué recordado como merece en el fascículo primero, pero nos parece tan ejemplar cualquier detalle de su vida, que nada más ver esto sentimos la necesidad de reproducirlo para hablar de él a los jóvenes de empuje. Se trata de Cristóbal Cenjor.

Aquí aparece en su época de tonelero de «La Montijana», y está sentado encima de la media, con un vaso de vino en la mano. Se vé que habían estado midiendo ese día y, como de costumbre, habían acabado con la fritanga. Los medidores no se han muerto nunca, que se recuerde, ni de hambre ni de sed, pues hasta



botijo tienen estos. Claro, que el que lo tiene a mano, es un gordo de los que les tira el agua, pero de todas maneras es un detalle excepcional, con esa abundancia de jarros, de vasos y de barriles. El que está sentado junto al botijo, es «Tercianas» (Guillermo Requena); frente a él, con el gorro manchego y el sombrero orilla, Toribio, el corredor, (Toribio Angora). Los chicos, son los mayores de Cristóbal; Leopoldo, el mayor, muerto en plena juventud y Rigoberto. Detrás, con el chaleco ribeteado, su primo Joaquín, el de las «Mudillas», con el tonel al hombro un «Lañas», después Cleto, el chico de Joaquín y el gañán, con su blusa anudada, que es Valentín Raboso, el más chico de los «Perras» que fueron 10, y vivió en la calle del Norte, padre de Félix. Este hombre se parecía al hermano Tomás Borrego, corto de alcances, pero duro como el

pedernal, no se le resistía nada y pasó unos años luchando a brazo partido con aquella mula Manzanera que solo él conseguía hacerle de trabajar y un día que no pudo ir con el carro, los temperamentos de la mula dieron lugar a la muerte de un chico, en la entrada de la bodega de Prats.

Eran notables los carros de Ricardo, por lo largos, con las seis medias y ni una menos, porque él decía que le parecían mancos por la calle, cosa que no pegaba con el famoso caballo Brillante.

Cristóbal tenía madera de Caballero Andante, y, como él era, y las ideas delirantes de Ricardo debieron calentarle los cascos, y en su primera salida hacia las empresas puso unos calderines en la calle Nueva y una tonelería, dando a la de Cervantes. Valentín siguió a Cristóbal que, falto de recursos, compró el desecho de las mulas del lugar y Valentín se quejaba de haber salido perdiendo, por ser peores que la Manzanera y no poder hacerles de trabajar, pero Cristóbal no iba a reparar en eso y sus decisiones independizaron al amo y al gañán: Valentín montó su labor e hizo su caudal, y Cristóbal, que había montado los calderines, que era tonelero y que estimulado por los ejemplos del lugar parecía natural que se hubiera ido detrás del vino y de sus productos, se ve que más que el vino le embriagaban los espectáculos, le atraía el público desde el principio.

Por algo, al mismo tiempo que los calderines, construyó un Frontón de pelota, por entonces en boga, del que todavía hay vestigios; hizo el Casino de Arriba, hizo el Teatro; contribuyó como pocos al buen nombre de Alcázar dentro y fuera de su recinto, erió una familia numerosa, que no es grano de anís, hasta situarla, y, sobre todo, dió ejemplo de trabajo y perseverancia firmes a las generaciones que lo contemplaban y pueden seguirle, porque su camino no fué nada fácil, sino lleno de amarguras y fatigas de toda índole.



Félix Peñuela Vela

Otro alucinado

ESTE hombre enjuto, retostado, duro y algo patituerto, como las raíces de las cepas, retorcidas por el esfuerzo para penetrar en la tosca caliza de nuestro suelo, buscando con qué nutrirse, es un producto neto y puro de nuestra tierra. Más negro que su padre, —y le decían el «Vencejo»,— Tiene cara de iluminado. Con la calma aparente de un ulema oriental. Su mirada, hecha a otear al mismo tiempo en la sesera que en el horizonte lejano, denota que el pensamiento está siempre más allá, erguido, como las orejas de las liebres, cuando se empujan para revisar el contorno.

Ha estudiado con provecho en el mejor libro que existe: la vida. Y como la lección es dura, él tuvo siempre tenso el ánimo y pronta la acción para dominarla.

Su mérito es grande, extraordinario. Sus cualidades sobresalientes. Alcázar le debe prestigio, prosperidad y, sobre todo, el ejemplo de su trabajo.

Dicen de él, que es un abrasavidas. El podría contestar alcazarenamente, que «a mucha honra», porque así es todo el que se levanta por puños. Es una cometa remontada que no se la lleva el viento, porque tiene bien engrasado por el sudor propio el hilo que la sujeta al suelo. Cuando se amague el aire, caerá en la tierra donde lo echaron y no es imposible que torne al camastro, con una cuadra de mulas que se pierda de vista, porque desde lo alto observa diestramente la minucia que quiebra la línea del horizonte donde se puede ir y se va, con resistencia y voluntad, cuando se llevan calientes los cascos por el abrasor que da la tierra desértica, y oreada la frente por la mareilla de los amaneceres rasos.

La tierra parece chica, entonces.

«Por necesidad batallo»

decía el Cid;

«y apenas monto en la silla,
se va ensanchando Castilla,
delante de mi caballo».

Y así todo luchador.

Lo material pasa ya a segundo término, se esfuma y el hombre se sublimiza; no ve ni el dinero y busca su perduración en la identificación con el principio creativo, con el principio divino, como el pobrecito de Asís, como Ignacio de Loyola, como Don Quijote de La Mancha.

* * *

El caso de "Púa"

José Flores Ligero

LE traté en su vejez, pero la relación familiar venía de atrás. Su mujer, la Eduarda del tío Joaquín Vela, se había criado en la vecindad de mi madre y tenían amistad desde la infancia.

El matrimonio de José y la Eduarda se conservó hasta última hora. Hijos de la tierra, criaron a una familia numerosa, cuatro hijos y seis hijas, de los cuales casaron a ocho y una nieta, que quedó sin madre al enviudar el hijo mayor; obra colosal que hay que vivirla para apreciarla.

José murió en la canícula del año 1938, el 13 de Agosto y había nacido en la primavera del 1864, el 6 de Abril.

La Eduarda era media, gemela de la Faustina, la más alta y delgada de todas y derecha como requiere el apellido, Vela, muy diferente en genio de ella. Hicieron un buen capital, con muchísimo trabajo. La casa alcanzó su prosperidad máxima en el periodo de la mocedad de los hijos y su declinación, al casarlos, como pasa siempre.

El caso de «Púa», es ejemplar o al menos lo fué para mí, pero no es único, pues podría citar varios más en el lugar, de padres que como él criaron una gran familia, la colocaron espléndidamente y quedaron en el hogar frío y reseco, rumiando las amarguras de la impotencia y de la soledad, compañeras inseparables del viejo. Y esto precisamente era lo que me impresionaba a mí y recuerdo con mucha frecuencia, como lección de vida.

Era José un hombre de buena constitución, saludable, proporcionado, pero de líneas alargadas, más bien

alto, un poco agachado por la edad y por el oficio. Su carácter apacible, observador y detallista, amigo de puntualizar y de enterarse bien. Hombre de buen sentido. Le hacían de perder la calma la incompreensión y la exigencia de los menores, que se traducían en desconsideración, no voluntaria, pero inevitable al choque de gustos y deseos inatendibles. Momento delicado y supremo en la vida de todo padre, según he observado muchas veces, cuando el hijo caldeado por inconfesados sentimientos de suficiencia y poder, trata de imponer su voluntad, orillando al padre, del que ya no cree necesitar.

¡Cuánto amor y cuánta capacidad necesita el padre para esa época de la



Aquí aparece en el corral de su casa, con dos prendas de cierta modernidad: la gorra, que lleva encima del gorro y que le pega menos que el sombrero, prenda que usaba con frecuencia, y la manta que hay tendida, que ya no es de cojín; el arado junto a la pared y él con el pito en la boca y la traza de gañán verdadero: las piernas un poco separadas, de ir dejando el surco en medio, y los brazos colgando, como si fuera a coger los ramales y el arado, llamando a las mulas. Andaba reco-

giendo trastos por el corral, con esa actitud celosa del padre que quiere las cosas a su gusto, cuando lo retrataron casi de repente y así era en los últimos años de su vida. ¡Cuánto me recuerda a mi padre! Como él andaba, también siempre, a última hora, por el corral, corrigiendo los descuidos, quitando trastos, ordenando y guardando las cosas.

vida en que, al decir del lugar, se igualan los centenos, se nivelan las fuerzas de padres e hijos y el padre ha de saber ahogar en su ser todos los atributos que lo impulsaron antes para dejar el paso libre al hijo, sin más ilusión que la de verlo, ni más satisfacción que la de consolarlo, cuando muestre los rasguños de las zarzas del camino! ¡Pero qué maravilla de sentimiento el del padre, cómo reverdece a la menor insinuación del hijo y se entrega gozosamente a su complacencia!

Al parentesco se suma en estas circunstancias, agravándolo, el problema de la edad, de jóvenes y viejos.

«¡Pero, Señor, si es tan niña!

¡Pero, Señor, si es tan vieja!».

Problema eterno, que me hizo ver antes que nadie un Médico de Alcázar, muy ponderado, pero de mucha entereza y un amor propio insuperable, percibido por poca gente: D. Mariano Martínez Olarte, señalándome lo difícil de que se entiendan los Médicos de diferentes generaciones,

Siempre hubo y habrá, pues, ese problema, porque el joven, a pesar de ver que lo que hace es lo único que no se le olvida, no comprenderá hasta que le suceda que, como dice Azorín, «solo el dolor y el placer vividos dan al ser humano una sabiduría profunda, íntima y que lo que no se ha ido viendo a lo largo de la vida no se puede aprender en los libros».

El viejo, por su parte, no dejará de sentirse joven, sin que pueda quitarle nadie esa ilusión que el mundo desearía verle perder.

Por mi parte, en estas correrías alcazareñas a que me ha llevado el sentimiento, puedo decir que vivo entre las personas que ví a cierta distancia

siendo chico. No noto que haya disminuído mi admiración y respeto hacia ellas; noto un acercamiento, pero no me siento igual a ellas, las sigo viendo mayores, algunas viejísimas y yo muchacho, sin percibir en ningún sentido que el tiempo me haya convertido a mí en lo que eran ellas entonces y mucho menos comprender que los chicos de ahora puedan considerarme a mí como considero yo a los antiguos, sin posibilidad ni deseo de igualarme a ellos. ¡Es maravilloso este íntimo sentir!

De considerarme yo a nivel de las personas cuya vida comento, tal vez las viera de otra forma, por aquello de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, pues les vería más claramente sus flaquezas.

Recuerdo ahora que del mismo don Magdaleno me decía Bonardell, ya maduro y lleno de amarguras profesionales; «pero, muchacho, si no hace nada, si no mira a nadie, no hace más que soplar y decir lo que se le ocurre rotundamente». Esto, Bonardell, que es tanto como decir la prudencia y el comedimiento personificados, pero en su expresión alentaba el sentir de la convivencia, el conocimiento, y un rescoldo del necesario impulso juvenil de renovación que no se produciría con el acatamiento absoluto. Y no era yo la menor causa en el impulso retardado de Bonardell.

¡Qué pena de padres! dicen las sensatas y comprensivas mujeres alcazareñas, al sentirse juzgadas con rigor y desdén en sus hábitos, en su indumentaria, en sus gustos, en su necesidad, que nadie toma en cuenta, a no ser para reprocharla, para juzgarla con esa severidad única, propia, como ellas dicen, del hijo «descagalado».

«¡Pero, Señor, si es tan vieja!

¡Pero, Señor, si es tan niña!».

EL DINERO Y LA MUJER

Avultas de consideraciones circunstanciales, se van viendo en estos libros las cualidades del carácter alcazareño, excelentes en su mayoría, pero poco eficientes, sobre todo en lo que se refiere al hombre.

No es probable que se vuelva a dar un conjunto social tan bueno y tan grato como el que existía en Alcázar en la época que recordamos. Bueno a prueba de toda clase de reveses y de la penuria constante, pero al considerarlo ahora, se pregunta uno, ¿cómo podrían los hombres, sobre todo los lugareros, encojerse de hombros, reír y holgarse en aquellas estrecheces y disponer tranquilamente de lo último de su casa, por lo general llena de familia, con olvido absoluto de su condición de padres y de lo que podría pasar?. ¿Qué almas de cántaro tenían aquellos hombres en su inmensa mayoría? ¿Y qué cualidades de virtud, paciente abnegación y sometimiento incondicional poseía la mujer?.

Circuló mucho, por entonces, una frase, especie de refranillo, que resumía íntegramente la situación.

Como por boca de los chicos se decía: «en mi casa no comemos, pero reímos mucho». Y así era, en realidad, pero los hombres sí comían y bebían y se divertían. Y no era raro que las mujeres les hicieran coro, teniendo que ver, después, el modo de dar de comer a la prole.

La enseñanza de la casa propia y el calvario de aquellos matrimonios, daban a las mujeres un aire de dolorosas muy típico y un impulso muy eficaz para arbitrar recursos para la familia.

El hombre se conducía como si hubiera llegado a conclusiones fatalistas, de no ser posible otra cosa y todo le importaba un bledo. Pasaba lo que tenía que pasar. ¿Qué iba a hacer él?. Que lo viera la mujer, si quería. Y la mujer,

lo veía, en efecto, y tenía el mérito de ganar el dinero dignamente, incluso para que él no faltara a los panetes diarios, y menos mal, si, encima, no se aficionaba a las cartas, como solían.

Poco a poco, estas mujeres, que no escurrian el hombro jamás, fueron adquiriendo habilidad en su arte, dominio en su casa y personalidad en el pueblo y ese es el origen de su prestigio tan legítimo.

Poco a poco, también, el hombre se iba amoldando a los menesteres secundarios que disponía la mujer, y entre ellos y las bromas, repartía su vida, consolidando la fama de bueno e inservible, con absoluta conformidad por su parte y por la de todos.

¿Qué motivos podía haber para que ante el mismo problema de la vida familiar, se comportaran tan distintamente el hombre y la mujer?.

¿Por qué el hombre se satisfacía tan fácilmente con sus zurrillas, conforme con todo, y la mujer no?.

¿Por qué se dió en Alcázar tantas veces el caso de que la acometividad, la disconformidad con la pobreza y la miseria, se personificara en la mujer y no en el hombre?.

¿Qué misteriosos hilos pudo tejer la vida del lugar en sus principios, para ese trastrueque de papeles?.

¿Es que la mujer necesita, como se dice ahora, un nivel de vida más elevado que el hombre?.

¿Por qué el hombre, que ha de conquistar a la mujer, se repliega en sus faldas y paraliza el progreso de su casa, dándose por vencido en el primer paso del matrimonio, que es cuando la mujer se despierta y empieza a ver claro?.

Hay algunos casos notables de rehabilitación del hombre en su puesto por retroceso, como las carambolas. Ellos representan un éxito completo de la mujer, que al ver la indiferencia de él se decide

a actuar, toma las riendas y en lugar de hacerse el ama, lo va metiendo a él, poco a poco, dejándose dominar, que es lo que apetece en realidad la mujer, pero siendo el **primun movans** de su industria; casos de mucha fortuna para el hombre y para la casa, en los que el hombre aparece con toda su arrogancia en la fachada, en la puerta, y, dentro, disimulado, está el espolique, promotor de la ambición del hogar, representado por la mujer, que no deja al hombre conformarse como a él le apetecería, con su propia comodidad.

Estas mujeres, que pudiéramos llamar afortunadas porque fortuna fué sacar a los hombres del marasmo y colocarlos en su puesto, hicieron progresar bastante a sus casas.

Las otras, las que tuvieron que llevar por sí mismas sus asuntos, también adelantaron mucho, y en los casos de viudedad, más todavía, con la suerte de tener que agarrar a los hijos al trabajo

antes y con antes y que aprendieran a ganar y a ayudar a la casa.

Muchas de las primeras, de las afortunadas, que lograron que el hombre «diera la pringue», tuvieron la incomprensible equivocación, de querer hacer a los hijos señoritos, inútiles, alejándolos del trabajo efectivo en el que habían logrado un bienestar, con lo que echaron a perder toda su obra, creando un semillero de zánganos. No tomaron la lección de su propia vida. El buen resultado de que hincase el hombre lo malograron con su debilidad para los hijos. Tal vez hay en ello un asomo de la versatilidad de la mujer, manifiesta en tantos detalles de la vida alcazareña, que deberían desmenuzarse como un principio de arreglo administrativo, pues lo que se gana se puede y se debe dar, pero no se puede tirar, porque de tirarlo viene la perdición y el estancamiento en la pobreza, cuando no el hundimiento en la abyección.



“LA MORRA”

He aquí el típico corral alcazareño, bien enjalbegado, soleado y bien surtido de toda clase de animales domésticos, que cuida la hermana Venancia, «La Morra», (Venancia Campo Ubeda), de noventa años, que nunca dejó de trabajar.

Se casó dos veces, como era corriente, y no tuvo más que dos hijos, pero crió seis, porque cada vez daba el pecho al suyo y a dos ajenos; tal era su vigor. Y en la crianza y el cuidado del averío acabó sus días en el corral de su hija, la mujer de Félix Raboso, que es este que se ve en la fotografía, a la entrada de la calle del Norte. ¡Qué mujeres tan hacendosas ha tenido Alcázar!

Iniciativa y riqueza alcazareñas

AL hablar en el número anterior del personal que hubo en la bodega del Marqués, se hicieron algunas alusiones a las personas que se veían por Alcázar, relacionadas con los negocios y el contraste que tales personas ofrecían con los indígenas.

Ya antes, al hacer la semblanza de Ricardo, en el número cuatro, se dijo algo de la influencia norteña en el desenvolvimiento de nuestra economía.

Y no será esta de hoy la última vuelta que se dé a tan primordial cuestión, porque puesto el pensamiento en la época aquella, los hombres y las cosas, se ve con harta pena cómo sin las influencias exteriores, la riqueza alcazareña hubiera permanecido estancada, el comercio en estado rudimentario y la industria sumida en la rutina.

Nunca puedo apartarme del Paseo, cuando me paro a observar la vida del lugar y, por lo general, me hallo solo, viendo a la gente bullir.

¿De qué oía yo hablar cuando chico en el Paseo? ¿Qué nombres iban unidos al trajín de aquel tiempo?

El primer nombre que sonaba y el que más bullía, era Ricardo. En la misma reticencia había un fondo de admiración a sus cualidades, de reconocimiento a su audacia de gran negociante.

Se hablaba de la bodega de Rivas, el Marqués de Mudela, D. Francisco de las Rivas, hombre de empresas, diputado a Cortes, que vino a Alcázar con el célebre banquero Salamanca, cuando se hizo la Estación, en calidad de empresario.

Se hablaba de la bodega de Prast, de las Bilbainas, de la de Zulaica, de los Palmeros, de los Pellejeros, de D. Angel el de la cera, del tío de las lías..., todos de fuera del pueblo, que nos favorecían con su aportación a la vida local.

Por aquel tiempo, se empezaba a hablar de un joven alcazareño que iba por la espuma, Primitivo Vaquero, llamémosle y escribamos su nombre respetable a estilo alcazareño. Todas las referencias sobre él, que más recuerdo, se producían a mi alrededor por parte de su cuñado Rafael, fogonero, con su voz ronca, por entonces novio de la Florentina de Carabaño.

Contaba y no acababa, ante el asombro de los que le escuchaban, del acierto comercial de Primitivo que, en efecto, fué espléndido.

Con él irrumpía en los mercados el espíritu autóctono alcazareño, que surgía a favor de los aires exteriores, por propio impulso del hábito arriero, adquirido en los viajes y por el ejemplo estimulante de los industriales venidos aquí a establecerse. El mismo fué, sin proponérselo, guía y acicate para muchos de su época y su esfuerzo removiéndolo, sin duda, el conjunto de la industria a que perteneció.

Todo hombre que se entrega de verdad, produce honda huella durante su actuación y atrae la atención, aún sin querer. Ese es el sentido del precepto evangélico: «Dios ama al donador alegre», y le da el premio del auge. Y es un gran bien para sí y para los demás, que el espíritu renovador no decaiga y se mantenga hasta el fin, sin concesiones al derrotismo, coronando su obra.

Necesitaría el hombre siempre una formación depurada, decantada en ruda y prolongada lucha, porque el triunfo fácil suele ser, sobre menos fructífero, fugaz y a veces funesto, como la lotería.

La tensión continua identifica más al hombre con su menester y no le permite pararse en las posibles derivaciones placenteras de su gestión, cuyo disfrute no le corresponde ni le conviene. Lo suyo es permanecer en la avanzadilla con el pecho al aire, a merced de las dificultades, cayendo y levantándose, subiendo cerros y bajando ba-

rancos, sometido a la fatiga de continuo, por el hecho de seguir, dejando a los que le sucedan la especulación y las consideraciones de lo que pudo o debió ser.

Mucho ha cambiado el ambiente económico de Alcázar desde entonces, pero no ha surgido, todavía, la obra grande que eleve nuestra riqueza.

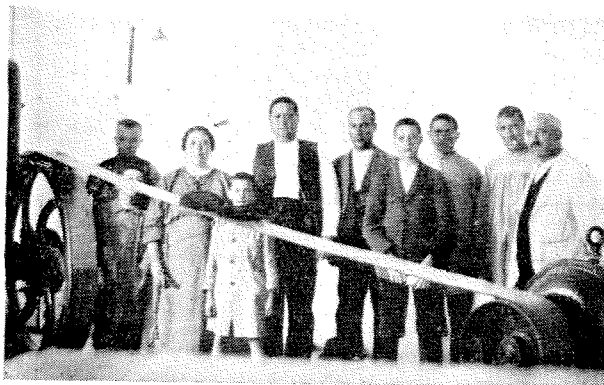
Las grandes obras tienen una gestación larga, lenta y van precedidas de infinidad de intentos fallidos, que nadie ve. Las obras geniales aparecen siempre en los siglos de oro y son, aunque no lo parezca, consecuencia de un esfuerzo general. No se puede producir de repente en un liego una cosecha espléndida, es indispensable la buena preparación del terreno con labores parciales y continuadas.

Rivas, el Marqués de Mudela, hizo un intento que parecía definitivo por la calidad de su alcance, pero no perduró.

Los demás industriales forasteros no han pasado de utilizar las materias primas del terreno y los nativos no rebasaron ese nivel, como si nuestra economía no hubiera salido de su primera edad y viviera, en prolongada infancia, la época de las vacilaciones y titubeos

con que nos defendemos, al echar a andar para no dañarnos en las caídas. Se ve que el piso es inseguro. Pero el trabajo no se pierde; ningún esfuerzo es baldío y se van acumulando las aportaciones de cada uno a la experiencia general; por eso se tiene cada vez más conocimiento y se presiente más cercano el momento de la consecución firme, que tal vez y gracias a lo mucho que han avanzado los de la generación que desaparece, tienen ya cerca de su mano los jóvenes que van llegando. La superarán con creces, no hay que dudarlos y podrán transmitir las mejoras a sus descendientes, que se las aquilatarán bien, como hace siempre el joven con el viejo, al principio, pero luego viene la ponderación y la estimación justas.

Es natural, que la obra personal sufra una depresión fuerte al desaparecer la persona y que parezca perdida; pero no, de esas cenizas sale con el tiempo lo que debe perdurar, que es poco en relación con lo que parecía, porque la paja es más que el grano, pero ese poco queda ahí, aportado al acervo común y, lo que es más importante, que queda en forma de semilla que, al **podrirse**, germina y renace.



Este volante, esta polea y el generador, marcan un detalle de los progresos de la industria alcazareña.

Se trata de la instalación de un grupo en la bodega de Zulaica, y en la fotografía aparecen, Fortunato y la Segunda, con los chicos—Manolo, Fortuna y Luis Roperó.—El que está junto al volante, es Ruperto, el bodeguero, a la izquierda de Fortunato está Lizcano, el manco que bajaba el correo de la Es-

tación. A continuación, Emilio, el calero y «Pitillos»,—Domingo González,—el navajero, excelente persona, que pasó su vida entre el taller y el andén, donde vendía su género y se saturó de todos los aires que modelaron su espíritu bonachón, comprensivo y tolerante, rasgos muy típicos del Paseo, donde a fuerza de ver no se miraba lo mucho que entraba y salía de la Estación, considerándolo como propio del sitio.

El cinturón de Domingo, fué como un emblema de la Estación durante muchos años, entre gente nada torpe y simpática, como los Sarriones y los «Sabitás», que con sus travesuras hacían reaccionar a Domingo en un sentido más bondadoso todavía y se le oía siempre comentar los sucesos con dominado regocijo, teniendo, aún para los que sublevaban, frases comedidas y contenido ademán.

LAS "ALTAS HORAS"

ASI llamadas por todos, son aquellas de la noche ya avanzada y todavía distantes del amanecer, las del mayor silencio; aquellas en que el pueblo y la vida misma, parecen paralizados, muertos; las horas más a deshora de todas las horas.

En la absoluta quietud, el reloj de la Plaza, marca el paso inexorable del tiempo. En la inmovilidad completa de todo, cuando nada se oye ni percibe, salvo el silencio mismo, de pronto, caen sobre uno las campanadas sonoras del reloj de la Plaza, pausadas, graves, rotundas, como señal de que algo—ese algo tan impalpable que es el tiempo—ha pasado hacia lo eterno: las tres, las cuatro, las cinco. Y mucho después, el fraile, con un toque más vivaz, llama a los fieles a prima oración, como si dijera que ha pasado la tiniebla y ha llegado la luz. Empiezan a oírse los ruidos del pueblo, empieza el nuevo día, como todos los días. No se sabe si realmente empieza algo o es que todo sigue igual, que continúa, como ayer, como el siglo pasado, como el siglo que viene.

Alcaz

an

EL «Moreno» del tío Joaquín Vela, se llamaba Agustín, pero nadie se lo dijo nunca, hasta el punto de que una vez le preguntaron a su padre cómo se llamaba el hijo y no supo decirlo, por lo que llegó a su casa con un coraje negro de lo que le había pasado.

Por su parte, el «Moreno» tampoco le dijo padre nunca al tío Joaquín, y una vez, molesto de que nunca le dijera padre, se dejó la llave de la casa, encargando a la abuela Salustiana que se la enviara con el «Moreno», a ver si se lo decía al llamarlo, porque nunca hablaban el uno con el otro. El muchacho salió en su busca y desde largo le fué llamando, diciendo: ¡Eh, eh, eh! y así llegó hasta la casa y le dió la llave, sin decirle padre.

QUICO Vela era comunicativo y le gustaba hablarle a su padre de todas las menudencias de la labor, lo contrario que al «Moreno», que no hablaba nunca ni le gustaba que lo hiciera el otro, por eso hablaban poco los dos entre sí. Cuando iban a arar juntos, como Agustín era más joven, le tocaba guisar y en vez de hablar sobre la comida, decía: «fritas o con caldo».

En el agosto, cuando entraban grano, por no decirle a Quico que le agarrara del costal, echaba las fanegas él solo al carro y cuando le tocaba hacerlo a Quico, como tenía menos fuerza, las pasaba negras con él.

reñismo

ante

5

EL PORTALETE

QUE grato rincón es este en la casa de los gañanes! Protegido por cortinas que lo oscurecen. Las puertas abiertas y corriendo el aire. El suelo de yeso o de cantos, bien barrido y regado. Un pedazo de espejo cogido en la pared, bien enjalbegada. La cinta reciente. Todo saltando de limpio. De la cocina, apagada, sale olor al hollín de la chimenea y a los pernils que cuelgan de las escarpas. La tinaja del agua. Sobre la tapa de madera, que sujeta el paño blanco de la boca, hay un jarro de metal dorado, bañado de estaño por dentro. Detrás de la puerta del portalete, orilla de un cántaro des-hocicado que está inclinado contra el cerco, se rezuma el botijo en una cazuela.

El silencio y la penumbra en que está sumida la casa, se acentúan por el calor abrasador de fuera y al entrar se recibe una sensación inefable de reposo y bienestar.

¡Qué agradable acogimiento, después de la faena o de la caminata, el de estos portales!

EN una ocasión, estuvo de gañán con el tío Joaquín Vela, Leandro el «Negruzo», aquel que vivía en el «Porcari-zo», el cual, al ajustarse dijo que no quería acostarse, porque decían que había duendes. El tío Joaquín lo tranquilizó, diciendo que no se preocupara, que se acostaría en la cocina, orilla de ellos. Y así lo hizo, pero cuando ya estaba dormido, el tío Joaquín ató todas las sillas con una unciera y se las sujetó a una pierna. Lo llamó a su hora, para echar de comer a las mulas y al ver como se le caían encima las sillas, empezó a gritar llamando al tío Joaquín, diciéndole; «¡ya están aquí los duendes, ya están aquí los duendes!», y el par de dos, Joaquín y la hermana Salustiana, estaban en el cuarto desternillándose de risa.

FUVIERON otro gañán que rondaba mucho y cuando llegó el verano, todas las noches se bajaba de la era al pueblo por una senda que había hacia la primera puente del Cementerio. Cargaron un trabuco con pólvora y sal y lo esperaron en la puentecilla, produciendo una detonación antes de llegar. Se volvieron corriendo, con un susto fenomenal. Los guasones lo esperaban, negros de risa, y al preguntarle qué le había sucedido, él se quejaba diciendo que le habían tirado un tiro y que como los tiros en caliente no dolían, podía pasarle algo. Lo que pasó es que no volvió a rondar más en todo el verano.



Tortas y tarteras

AL hablar de las mujeres notables de Alcázar,—capítulo que, como todos los de esta obra, está abierto para incluir en él a todas las que lo merecen, según lo vayan permitiendo las circunstancias,—al hablar de tales mujeres, se hizo la semblanza de la Manuela «la Cantera», como creadora de las tortas de Alcázar y como mujer de un brío, de una fortaleza y de una magnitud de corazón verdaderamente admirables.

No ignorábamos que había otras tarteras, incluso las mismas hermanas de la Manuela las hacían también, si bien no tenían las cualidades personales de esta o sus circunstancias, más favorables, no les obligaron a ponerlas a prueba.

Pero las tortas y el nombre de Alcázar, van tan ligados entre sí, que hemos de estimar como venturosa la casualidad que nos permite agregar nuevos detalles sobre el origen de los bizcochos y la difusión de su elaboración por diversos rincones del lugar, al parecer inconexos, pero en realidad bien ligados.

Parece que las tortas tuvieron su origen en el Convento de Santa Clara, cuando lo ocupaban las monjas clarisas, de clausura, donde algunas de ellas, procedentes de familias ricas, conocían a fondo el arte de la pastelería.

A ese convento vino de chica, desde Camuñas, su pueblo, o bien estando en Alcázar con su familia ya, como se verá luego, fué al convento desde aquí mismo, la Balbina la bizcochera, mujer tan bien dispuesta y de aspiraciones que

no tuvo seguidores en su rama, como suele pasar.

Tal vez no fué la Balbina la única chica que hubo en el Convento, en el que estuvo viviendo como seglar varios años, y aunque la gente decía:

«Cuánto daría una monja,
de Santa Clara,
por ir a «Valcargao»
a beber agua».

El aislamiento no sería tan absoluto, porque la Balbina salió de allí para casarse, muy joven, a los 17 años, con Tomás López Pérez de Morales, matrimonio que había de tener larga duración, pues ella murió de 84 años y él de 86. La Balbina fué enterrada en un día, para ella simbólico, del mes de Enero, que celebraban San Sebastián, y a las 10 de la mañana, un momento antes de subir el Santo, para el que ella hizo las pajarillas durante tantos años y que vendían a cinco céntimos. Tomás, el hombre, falleció a poco, en Diciembre del mismo año.

Es indudable que al mismo tiempo que la Balbina, estuvieron con las clarisas otras chicas y no ofrece dudas lo de la Monjilla,—Isabel Agenjo,—porque de allí le venía el apodo y de allí también la enorme almirez de bronce que conservan sus herederos y los moldes de las figuras que hacían, tanto de mazapán como de otras pastas. Paula, hermana de la Monjilla, también estuvo allí y trabajó en ello hasta su muerte, estando soltera y sorda como una tapia, siempre con su hermana.

Respecto de «la Cantera» madre, que no era Cantera, Carmen Marchante, unos dicen que estuvo también en el convento y otros que fué la Balbina la que la enseñó, por relación amistosa de los maridos después de casadas y por una módica cantidad y a regañadientes. Que cada palo aguante su vela, ya que no es posible aclararlo exactamente. Lo indudable es, que la Balbina, tuvo en el convento una actuación más destacada y más prolongada, atribuida por algunos a ser huérfana, razón por la cual sacó la dote matrimonial del convento, dicen, y no es inverosímil el supuesto porque el casarse la hermana mayor—María—a los 14 años de edad, con Pedro López, de 18 años, induce a pensar que las personas mayores que las rodeaban o ellas

mismas, se vieron inducidas a tomar estado prontamente por estar sin padres y no es un disparate, tampoco, suponer que sea esa también la razón de la presencia en Alcázar de estas familias, necesitadas de abrirse campo en la vida y una vez casada la mayor y elegido este lugar para el desarrollo del oficio de Pedro, se trajeron con ellos a los hermanos menores de la María, y a los de Pedro mismo. Este matrimonio tan precoz y esta audacia de Pedro, de salir con ese familión, siendo un chico, hace pensar que los antecesores de la Balbina fueron también herreros y que Pedro, desde Madrیدهjos, se fuera a trabajar con ellos a Camuñas y al morir el padre y ver la situación familiar creada, tomó esa heroica determinación, digna de un hombre de corazón y de voluntad admirables.

Parece que lo que hacían en el convento eran concepciones, figuras de mazapán y unas tartas, que ofrecían a la Virgen de la Candelaria, pero no tortas, si bien al calor de aquellas labores y con la experiencia de ellas, pudo la Balbina tener la idea de hacer algo más económico, de consumo más frecuente y creó las tortas, que tanta fama alcanzaron después, uniéndose para siempre su nombre a la historia de Alcázar y a la de sus exquisitos bizcochos.

De como pudo difundirse su elaboración, da idea al entronque de las familias, su lugar de nacimiento, la dedicación predominante al oficio de herrero y las alternativas de este, como medio de vida.

La Balbina se apellidaba Ruiz Aranda, patronímicos muy ligados a la forja en toda la comarca, antes y ahora. Aranda y herrero de oficio es casi la misma cosa en varios pueblos, y estas familias tienen, además, mucha tendencia a la soldadura entre sí, por eso se con-

serva la rama; los atrae el imán; aún no estando juntos ni en el oficio, tienden a unirse y acaban machacando.

La Balbina tuvo tres hermanas: María, Teresa e Inocenta y un hermano, Eusebio. Tomás, su marido, era hermano del tío Pedro, el herrero del Arenal y del Sordo «Bailara», ignorándose si eran más.

Fueron hijos de la Balbina y Tomás, Antonio el Cartero, Pablete el Procurador, Angelito el Carpintero, Jesús el Hojalatero, Clara, la moza vieja, así llamada en recuerdo del convento, sin duda y Casimira, la mujer de Villarejo, y se apellidaban López Ruiz. Del tío Pedro, el Herrero, eran hijos: Luis, llamado «Carabina» por su matrimonio con la Pura del tío «Carabina»; la María, la Herrera, que se casó con Eusebio Galán Marchante,—que no era, como parece, hermano del Galán sin Falta, que se casó con la Dama sin Pero, pues este no tuvo más hermanos que José María y Sixto Doncel López, de cuyo matrimo-

nio, del de la María y Eusebio, quedó la Josefa, mujer de Daniel el del «Cardaor», de la cual hay que anotar el detalle de ir a trabajar a casa de la Balbina, cuando se quedó huérfana, por lo que luego se verá, pues su madre se casó de segundas con José Huertas Agenjo, «Garrota Larga», sin tener descendencia. Además de Luis y la Herrera, fueron de hermanos, hijos del tío Pedro, Esteban, Flores y Ceferino, («Canana» el de las tortas, que es a lo que íbamos y que parecía desligado de la fuente de la bizcochería). Todos estos se apellidaban también López Ruiz, como los de la Balbina, lo que significa que la Balbina y la María, mujer del tío Pedro, eran hermanas también, dos hermanas casadas con dos hermanos y de ascendencia toledana y herrera todos ellos, pues, consta que el tío Pedro era de Madri-



La Balbina, la bizcochera.

dejos y su mujer—María—madre de los herreros de Camuñas, de cuyos pueblos tenían que ser también sus hermanas, como es natural, a cuyo respecto no deja de ser elocuente que enviudara el tío Pedro de la María y buscara ayuda para el cuidado de la familia, en una camuñera, casándose con ella después: la Juana.

Pedro fué todo un hombre, no cabe duda; el arranque primero lo acredita y lo siguiente no lo desmiente: la María tuvo 16 hijos, en 26 años, que eran los que se llevaban Luis y Ceferino. Tuvo el hombre que calzar algunos ejes para el caso y se le pegó bien el temple del acero: ¡honor a los hombres extraordinarios!

Estos hechos facilitan la comprensión del matrimonio de la Balbina, estando en el Convento, por ser el novio un hermano del marido de su hermana, pues ya se ha visto que no era un cuñado cualquiera y del mismo pueblo. A pesar de que «Canana» fuera sobrino de doble vínculo de la Balbina y de que el rendimiento de las tortas atrajera su atención, cuando la fragua no podía sostener a tantos, no fué la Balbina la que lo introdujo en el oficio, sino su sobrina Josefa, la hija de la herrera, que fué a trabajar a casa de la Balbina y después enseñó a su tío y parece que también a la Salud, la del Cristo, viéndose claro el cauce que siguen estas labores, pues el otro hermano de Tomás y Pedro, Antonio, el «Sordo Bailara», fué el tercer marido, como ya consta en los cuadernos, de la Rumalda Mazuecos Cortés, hija del hermano Benito y sobrina del abuelo «Rufao». No tuvieron familia, ni la tuvo, tampoco, la Rumalda en su dos matrimonios anteriores; vivieron tranquilamente en la calle Moreno, vendiendo vino rameao y haciendo «zurrillas», que se le daban de primera a la Rumalda y por ahí quedó cortado el camino de las galguerías.

Ahora bien, Isabel la «Monjilla», compañera de la Balbina en el convento, y hornera desde entonces, se casó con Eusebio, el único hermano varón de esta, como queda dicho, que era albañil y le decían el herrero, porque seguramente, lo fueran todos sus antecesores. De ese matrimonio quedó Inocente Ruiz Agenjo, también albañil y también conocido únicamente por Ruiz, el herrero, y que se casó con la Santiaga Ortega y

Fuentes, la hermana de los Ortegás, carniceros de siempre de la calle de la Trinidad. Son las del horno de la calle de las Peñas, a las que se ha aludido antes como poseedoras de la almirez y los moldes del Convento y que justifican la continuidad de las labores de aquel.

De las otras dos hermanas de la Balbina, una murió soltera y la otra se casó con uno de Las Labores, no dando lugar a descendencia ni a derivaciones bizcocheras. Hay otros detalles del abo-lengo de la herrería en los bizcochos, en ramas más lejanas de esta familia y aún fuera de ella y todos, a pesar de su apego al hierro o tal vez por eso mismo, porque el hierro es dulce, fijaron la atención en las golosinas. Las mismas «Canteras» enlazaron con fragüeros, siendo siempre absorbida la fragua por el horno, que quedó triunfante en toda ocasión y en manos de la mujer, de estas mujeres alcazareñas que han sido sólido sostén en muchos aspecto de la vida local.

Ellas, sin embargo, las «Canteras» eran de ascendencia labradora y picapedrera, como indica el apodo. Eran hijas de Mariano Sánchez-Mateos Arias, uno de los nueve que crió el «Cantero» padre—Bernardo Sánchez-Mateos, casado con Isidora Arias. Los otros hermanos fueron, Jesús—padre de Bernardo el «Sacristán» y de Asunción, la madre de Rafael Bonardell. Eulogio, conocido por «Malagueña», Manuel sin apodo y Marcos, padre de Juan de Dios el de la Taberna de Bernardo el «Cartero» y de la Mariana de «Brocha». Andrés, conocido por «Rochano», Ezequiel, «Petardo». «La Faca», dueña de la popular casa de su nombre y la Rufina la «Rochana», madre de «Berruga», la Morena, el «Cojo Coraza» y demás hermanos.

De todos ellos ha sobrevivido el patronómico del oficio, vinculado a la mujer—las «Canteras»—Manuela, Petra y Trinidad y unido a las tortas inseparablemente.

Los últimos descendientes, tanto de la Balbina como de la «Cantera» han ido estableciendo nuevas trabazones con el hierro, más o menos numerosos, hasta en los casos menos probables y lo Aranda de la Balbina tendrá, seguramente, otras ramificaciones no fáciles de aclarar, pero que llegarían a unificarse.

Todos los Arandas de Alcázar, descienden de Camuñas, y algunos como "Fachano"—Plácido Aranda Morollón,—que era de Villafranca, lo sería él porque los herreros se extendieron por todos los pueblos, pero sus antecesores serían camuñeros.

Los Arandas más numerosos de aquí parece que vinieron a Alcázar de confiteros, pero no fallaron al destino ancestral del apellido y se acercaron al hierro hasta las mujeres. El padre de estos, Alejandro, sería confitero, pero los hijos, ya se sabe: Julián, herrero y maquinista, la Filomena, se casó con Emiliano, el de Gabriel Mata, estacionista del Depósito y si los demás no se hubieran desgraciado, ya hubiéramos visto a excepción de Paco, que entró de chico en la bodega del Marqués y se pasó allí la vida como escribiente, y aún así, este se casó con la Paca la «Timbulina», también de tradición hornera y fragüera, porque su padre era carretero y los carreteros manejaban el hacha y el yunque. Directa e individualmente se fueron entrelazando familias dadas al horno y a la calda, pero no hay noticias de que ninguna hiciera bizcochos, aunque sí otras confituras.

La otra rama antigua de bizcocheros, de los que contribuyeron al aboleo de este arte y a su difusión, es la rama de los Espinosas, casi imposible de reconstruir. Confiteros de siempre, procedían de Quintanar de la Orden, donde sus antecesores ejercieron también ese oficio y por cierto que el que se destacó a Alcázar de ellos,—Pablo Espinosa Jaramillo,—padre de Paco, de Julio y sus hermanas, se casó con una campesina,—María Eugenia Fernández,—no se sabe si en Criptana mismo o en Alcázar, como le pasó también a Alejandro Aranda, el padre de los Arandas alcazareños, que se casó con otra campesina,—Antonia Flores Sancha,—hermana de Ulpiano el zapatero, pero este matrimonio se efectuó en Alcázar, desde luego, porque la familia de Ulpiano estaba en Alcázar desde pequeños, al venir su padre de mayoral a casa del Conde.

Del matrimonio de Pablo y la María Eugenia, nacieron Paco y Julio, la Luisa, mujer de Mariu el guardaferro y la Ramona, mujer de Donato el barbero. Enviudó Pablo y se casó con la Encar-

nacion de «Tomiza» teniendo a la Rosario, Crescencia y Emilia, con la confitería ya en los portales de la Plaza y no en la calle de San Francisco, como la tuvo al principio.

Con Pablo vino otra hermana suya,—Rosario Espinosa Jaramillo,—también hornera, que empezó a hacer unos bollos o panecillos, por lo cual se la conoció como a sus descendientes, con el sobrenombre de las «Paneteras». Estuvo casada con Tomás Sánchez Arias, barbero de profesión y fueron hijos suyos, José, que estudió para Cura, ejerció de Maestro y murió mozo; Manuel, padre de la María Barreña y demás; María, mujer de Pedruche «Tomiza» que tuvo el estanco en la calle de San Francisco; Antonia, madre de la Felisa de Fernando Vaquero y Nicolasa, madre de Rosario, Teresa y Joaquín, mozo este y casadas ellas con Pascasio el de la Natalia la «Moracha» y Primitivo Olivares, respectivamente.

Los Espinosas fueron los primeros y los principales mantenedores de la confitería en Alcázar, concedores de su oficio, cuando el oficio tenía sus entenderes completos y el maestro tenía que serlo de verdad, empezando por seleccionar y conservar las materias primas, incluso las frutas, cosa difícil en aquellos tiempos, para disponer de ellas en el momento de la fabricación, pues el confitero tenía que fabricar él mismo sus turroneos y golosinas y no era un mero vendedor.

La confitería y la chocolatería iban juntas y por lo que se refiere a Alcázar, antes del tren, todo venía del Quintanar, de donde los Espinosas, y desde el principio, tuvieron su molino de chocolate, precisamente en la casa de las «Paneteras», de donde lo sacó Julio después de comprarlo a su tía, como lo tuvo también, después, el otro confitero tradicional, Ambrosio Escribano y su mujer, la Gregoria del chocolate, ya recordada en estos cuadernos.

¡Cuánto han cambiado las costumbres desde entonces!

Estos industriales pusieron la masa de los bizcochos más al alcance de todas las fortunas, haciendo soletillas, tortejas alargadas, finillas, con poco baño, de las que ponían seis u ocho, en cada papel corriente de las tortas. La Balbina también las vendía y tuvo.—¡cómo



noviazgo, regalaban las anguilas de mazapán. Para ellos solos, en la intimidad de la ventana, era de diario, sobre todo en la Feria, el cucurucho de almendras, con preferencia saladas.

Es natural que para Espinosa, no aficionado sino maestro en su oficio, fueran los bizcochos una labor más de su arte y que atendiera la demanda de los compradores, haciéndolos desde el principio. Pero precisamente por eso, por ser para él una cosa más, no tuvo, quizá, aquella atención o esmero especial para lograr el punto insuperable que se hubiera deseado de su maestría y siguió la inclinación de la gente hacia

Las tortas de Alcázar salen del horno de Julio Espinosa hacia la Fonda, para extender el prestigio del lugar por toda la red ferroviaria. Su

hijo—Julio Espinosa Hernando,—y el ayudante de tantos años, Eusebio Rivas, las pasan de los tableros al cesto, que luego lleva al hombro ese chico arriscaejo que es Donato González y que tapa con su cuerpo en la fotografía el primitivo coche Ford que hay en en la puerta de Saturio.



no!—sus ribetes de confitera y tienda, cosa natural en un espíritu emprendedor, comerciante y disponidora, como todas las mujeres de su condición y mucho más teniendo en cuenta que entonces las tortas no tenían el tiro que lograron después y que era más corriente en regalos y cumplimientos utilizar los confites y mazapanes. Los novios, haciendo honor a ese período acaramelado de la vida, derrochaban los confites y en las bodas llevaban las novias pañuelos muy grandes y ayuda de otras personas para recoger las numerosas y preciosas cajas de confites que les echaban sus familiares y amigos a la salida de la Iglesia. En momentos también señalados, como en la Pascua y más bien con vistas a la familia, casi siempre muy recelosa del

las torteras que por vivir solo de eso, extremaban los cuidados de su elaboración y lograban una calidad realmente incomparable.

El espíritu industrial de lo quintanareño, innegable, llevó a los Espinosas a difundir sus productos y Julio contribuyó mucho a extender las tortas por todas las fondas de las estaciones del ferrocarril, que estuvo surtiendo durante muchos años, contribuyendo con ello a la buena fama de las tortas de Alcázar.

Todos los descendientes de los bizcocheros antiguos, conservan el prurito de que sus antecesores fueron los creadores de las tortas. Esta estimación hacia la obra de sus progenitores los enaltece en extremo y, lejos de censurarlo, ese amor propio merece no solo respe-

to, sino la mayor consideración y aplauso de nuestra parte, que solo buscamos el enaltecimiento de Alcázar y de los alcazareños que de una forma o de otra han contribuido al engrandecimiento de su pueblo. ¡Ojalá que este interés de los torteros y torteras sirviera para inundar de bizcochos todos los mercados del mundo, pues ni ellos ni el pueblo lo perderían, sobre todo ellos, que, después, podrían vanagloriarse de su obra y con el tiempo verían que, como ellos ahora, también sus hijos les harían justicia y se afanarían por que se les reconocieran sus méritos, como ahora se los reconocemos nosotros a las «Canteras», a la Balbuña y a los Espinosas. Honor a todos y gloria a Alcázar, por la nombradía que le dieron sus tortas!

Viaje sin tropiezos

y Correíllas, aquella tarde que no pudieron ir a la Laguna. Engancharon la tartana, la pusieron en medio del corral y se montaron dentro con la merienda, dispuestos a llegar a la luna, porque este viaje que tanto ruido mete ahora, no es nuevo.

Echaron un trago y empezaron a comentar como si fueran por el camino, lo que hacía el tiempo, los que se encontraban al paso y las tierras que iban viendo.

Cuando calcularon que irían por La Veguilla abrieron la cesta, porque después de todo, lo mismo daba comerse aquello en la Laguna que en La Veguilla.

Y le metieron mano de lleno a la merendera y a la bota, sin dejar de hostigar al arre, con el que hablaban como uno de tantos.

Recordareis que los tres cerraban los ojillos, un tanto encendidos por la «solanera» de aquella tarde.

—Vaya un aire que se ha levantado, decía Correíllas. Tapa la cesta, Julio, que no le caigan **torbones** y corre la bota, que me atasco!

—Trae, trae que llevo yo las riendas, reclamaba César, no nos vayamos a la cuneta!

Y así, entre tajada y trago, terminaron sin contratiempos aquel viaje de alma que duró como si hubiera sido de verdad y al apearse de la tartana se fueron a estirar las piernas hasta la esquina de Federico. Pero entraron dentro, también, a ver qué hacía Camacho, antes de irse a descansar, como lo hicieron después, con la calma propia de la paz que gozaron siempre y que Dios les habrá concedido eterna merecidamente.

Buen diente

Julio Espinosa, estaba el hombre tranquilo en su trabajo un día de Feria.

Andaba Julio mediano de dentadura.

César y Correíllas fueron a verle.

—¿Qué habéis echado para refrescar?, les dijo, y agachando la cabeza le dieron un papelón de garbanzos tostados y se fueron a por unas gaseosas.

Julio lo recibió refunfuñando, pero asimilando el golpe, como de costumbre, lo echó todo en el mortero de moler la almendra, lo machacó con azúcar y los esperó comiendo. Si se descuidan, no los prueban, porque Julio sabía corresponder.

Obradores

Después del somarro

ESTE que se vé aquí, no es propiamente el obrador de Daniel, como apreciarán los conocedores del paño, pero sí es sugente y allegados, que en un día de mañana se salieron al patio de la casa en que vivía, que era la de «Quico», (Francisco Botella Frisber, padre de la Felisa del «Baritono»), enfrente de la calle de los Muertos, según se baja, y se colocaron para retratarse. Por eso faltan

en las paredes las estampas de los figurines y los clavos de colgar las chaquetas que se veían en todas las Sastrerías cuando no se estilaban los maniqués

Aunque no esté el asunto tan propio como lo ya publicado de Castor, es muy digno de incorporarse este grupo a los recuerdos del lugar. Resalta en él el hilo que todas las oficialas llevan al cuello, porque no se embobinaba, y la tela, que no escatimaron para vestirse ninguna de ellas y el aire de capitán de Daniel, apoyado en las tijeras puestas de punta contra la mesa. Le acompañan de arriba a abajo y de izquierda a derecha, el oficial, Jesús Sierra, el que se casó con la «Mitailla», a su lado Eulogio Morollón, hermano del maestro; la Manuela, su mujer, con un niño en brazos; Daniel con la cinta al cuello, emblema del oficio que se empeñó en ejercer, porque su padre, albañil, también quería que lo fuera él. Había nacido en el año 1869 y era hijo de Vicente Morollón, tío de Nicomedes el del Ayuntamiento y de Máximo el barbero y de Juana Delgado, la de la tía Hilaria del horno, hermana,



por lo tanto, de Polonio y de Castor, con el cual aprendió Daniel el oficio en que trabajó, estableciéndose como maestro a los 19 años, con el éxito que continuó hasta su muerte, el 26 de Febrero de 1931. Se vé que le tuvo amor al arte, pues se perfeccionó por correspondencia—ya no eran los tiempos de maricastaña,—y las oficialas dicen que en lo que se dice coser, no había ninguna costura como la de Daniel.

A continuación de Daniel está Bernardete, el dependiente de Santiaguillo; Eduardo Alvarez, hermano de Tomás el herrero y cuñado de Daniel, que se casó con la «Garzona»; Rosario Noles, la mujer del popular dependiente de Santiaguillo, Galo, ambos de Villasante, que vivían arriba y cuidaban a los dependientes, Echevarría, Bernardete y otros; Emilio Morollón, el que fué guarda de «La Equidad», hijo de Eulogio y Concha Avilés, la de «Chala».

En la segunda fila está la Paca, hija de la Catalina la «Uvieda», que se casó con Pablo el «Rulo»; la María Paniagua, que se casó con Julián el del «Dano»,

alcazareños

Ramona, la hija del «Pulido»; Mercedes Alcañiz, hija de Cándido el zapatero, fallecida en plena juventud; Laurentino, el hijo del maestro; sentada en la máquina, Pilar Alvarez, cuñada de Daniel, que se casó con Prisuelos; María, casada con «Patrón», aquel que era calderero en la Estación; Blasa, mujer de Félix «Cebollo»; Rosario la «Mocha», que se casó con Román Puyo, (otro oficial de Da-

niel); Fernanda Romero, la «Romera», casada con Clemente Paniagua; Eduvigis Tejera, la hija de Marcial, que se casó con Austregesilio Marín.

Las chicas son: la Mamiliana y la María, hijas de Pedro Sierra, el «Jorobeta»; Argimira Morollón, hija del maestro; Luisa, la planchadora, hija de Julián Paniagua, el carretero de la calle Arjona y la Gerarda, hija de Tomás Alvarez, que se casó con Gundemaro Iniesta.

A QUI sí está Daniel en su obrador, pero en diferente época, lo que se dice al comienzo de su carrera, y ahí se ven las estampas de «figurines de París», que no fallan y las escarpas para las chaquetas, clavadas en la pared.

Estaba soltero y la que hay a su derecha—Juana Delgado Marín— es su madre, ya citada y cuya satisfacción, tocando el paño que hay tendido sobre la mesa del corte, es bien patente; se la ve orgullosa del oficio del hijo, que debió seguir por instigación suya.

La fotografía data del año 1891. Las mujeres van cambiando los pañuelos del cuello por las toquillas y pelerinas. La

Juana conserva el pañuelo, que le sienta muy bien y da a su figura un aire de austeridad bien diferente del que correspondía a su carácter y se le nota en los ojos, pues era una mujer divertidísima, tan amiga del baile y de las **cascañotas**, que cuando se le murió el hombre, a los 8 días, se encerró en una habitación interior para tocarlas y bailar, por no poder pasar sin hacerlo. ¡Claro, que muchas al enviudar se sienten aliviadas, aunque no se atrevan a tocar las castañuelas y se remozan tanto que por eso dicen que a las viudas las riega el Señor!. Pero la Juana no necesitaba disimulos.

Tiene esta mujer la finura avellanada de los habitantes de las sierras caste-

llanas y su mismo perfil, pero lleva por debajo la socarronería manchega, esceptica y retozona. Hay en su planta esperanzas eternas, pero en su mirada, resalta la conformidad en la duda: vivamos el día de hoy, que mañana, Dios dirá.

Venía la Juana de una de las grandes familias alcazareñas, vistosa, lustrosa y bien presentada; de una finura y distinción no habituales en su medio. Su madre—la tía Hilaria del horno,—Hilaria Marín



Romero,—era muy menuda, pero de una desenvoltura y disposición extraordinarias, de las casta de la notables mujeres de Alcázar. Su marido,—Frutos Delgado Paniagua,—era molinero de agua. Tuvieron diez hijos, pero Frutos, estuvo casado antes con otra hermana de la Hilaria, de la que quedó un hijo, Mariano, el grande.

Fueron hermanos de la Juana, la Basilia, mujer de «Caguillo»,—Eusebio Escribano,—hermano de José María, el de los papeles. Vivieron en Barcelona, donde se situaron muy bien en el gremio de zapateros, al que pertenecieron muchos de la familia. Fermín, que también estuvo por donde el anterior. Eladía, madre de la Simona, de la Abrahana, y demás hermanos. Luciano, militar de caballería, casado en Lora del Río. Mauricia, casada con «Chamorro», madre de José María, el zapatero. Mariano, casado con la María Josefa, la «Cebolla», molinero de agua en Quintanar, como su padre; después se fueron a Madrid y una de sus nietas es la Mari Delgado, artista de cine. Ruperto, empleado en la estación de Villasequilla, que al jubilarse puso tienda en la casa del hermano Pascual Benalague, en la calle Ancha y vendía unas alcagüetas riquísimas, recién tostadas en el horno del tío «Bollero». Castor, el sastre y Polonio, el zapatero, que eran los más pequeños, y a los cuales oía yo referir la rectitud férrea para con ellos del padre Frutos, a pesar de lo cual influyó poco en sus hijos, porque todos fueron a la madre y de buen humor.

La Hilaria era hermana de la Elena, madre de Lorenzo Cortés—«Monda»—de la Ciriaca, Anita y Manuela la de Méndez y hermana también de la mujer del «Campuzano» y de la del «Marioso», que fué encargado de la «Tusa». Esta murió pronto y dejó un hijo que se lo llevó la Hilaria y lo tuvo hasta que se casó. Por cierto que también se llamaba Mariano, con lo que juntaron tres Marianos, Mariano el grande, Mariano y Marianete. Mariano el grande, se fué al Ejército

y llegó a General. Se casó con una hija del tío «Camisolín», de la calle Almaguella, donde la Hilaria tuvo el horno. El General vivió en Segovia y en Valladolid, donde murió.

Las demás que figuran en la fotografía, son: de izquierda a derecha, la Josefa la «Timbulina»—Josefa Serrano Arias,—que se casó con Jesús Vázquez; la Rosario la «Panetera»—Rosario Pacheco Arias,—mujer de Pascasio el de la Natalia la «Moracha». El chico de la plancha es «Sanchón», el sastre,—Manuel Arias Moreno,—hijo del tío «Sanchón», que se casó con la Nicolasa de «Porras»—Nicolasa Cañizares,—y tuvo fama de ocurrente, de palabra y de hecho, porque un día casó a dos novios con un traje. La que está en la máquina es la Olaya la «Sanchona»—Olaya Arias Moreno,—que se casó con Gabriel Campo, el albañil de la calle de los Muertos y el mozo que está con Daniel es Jesús Ortega, el barbero, uno de los hijos del tío Inocente y de la Luciana Quintanilla, que fueron Jesús, Sebastián, José María y Manuelillo, padre de la Elisa. Jesús y Daniel, con «Viñas», el «Chepo» y otros, eran de los que recibían lecciones de bailes manchegos de la «Picuca» y de la «Repicuña» y quién sabe, si estaban haciendo hora para ir a dar lección, con regocijo de la Juana, que no dejaría de animarlos, porque no perdía golpe, pues hasta en los entierros daba la nota alegre, como en el de D. Joaquín, que se le paró en su puerta, en un posete, y por detrás de la persiana le pinchaba a Prudenciano y este le contestaba entre rezo y rezo. ¡Qué desenvoltura y qué prontitud de soluciones las suyas, como cuando en la madrugada del duelo aquel, en que su prima Ciriaca, echó de menos una almohada para recostarse un poco y ni corta ni perezosa, la Juana le trajo la que tenía el muerto y entre las dos convirtieron el duelo en un coro de risas y carcajadas, porque la Ciriaca, madre de la María Jesús, la de Teófilo el de «Pinta-frailes», también era de armas tomar.

Oficialas de «Cepillo»

ES impresionante el efecto que producen estas mocejas, oficialas de la Sastrería de «Cepillo»,—José Collado,—¡Qué opulencia! ¡Qué robustez de mujeres! ¡Qué espléndidez de vesti-

dos y qué finura de dibujos! ¡Qué caras, que se adivinan frescas y coloradas! ¡Qué honestidad de porte, qué tranquilo mirar, qué reposada naturalidad hay en todas! ¡Quién puede pensar que son muchachas de 16 años?.

La del pelo de aguas más pronunciadas, de pie, empezando por la izquierda, es la Elisa Villaseusa, mujer de Eduardo Raboso, el Revisor jubilado, que vive en Madrid. Le sigue la Rosario de «Corona», que se casó con Albiñana, el que estaba en el Recorrido, Salvador; la Casta de «Castaña», hermana de Eugenio, el marmolista de la Carretera, que se casó con la de la María Manuela y la Joaquina del «Civil».



Sentadas, en la misma colocación, está Antonia Alvarez Murat, que se casó con Luis el del «Botero» de la Alameda. Felicia Meco, que se casó de segundas con el padre de Perico Saludador. La Cándida de «Castaña» que se casó con Julián Ortega, el de «Julianete», que vivía en la calle del Tinte y la Alejandra Quiralte, la otra «Corona» que vive y sigue en la calle de Santo Domingo, manteniendo firme el pabellón de la sastrería clásica, desde hace cincuenta años, sin perder el buen humor, al que de vez en cuando da lugar el deseo de la parroquia, como aquella que fué a encargarle un traje para el hombre y al preguntarle la Alejandra por la medida, le dijo: «a estos lugares me llega», y se echó mano a la barbilla.

Y para que se vea a dónde llega el recelo y la cerrazón de las gentes. Una vez fueron unas buscando a la Alejandra y se sentaron para que las atendiera. Pero llegaron otras preguntando por la «Corona» y al ver que las acogían también, se levantaron las primeras y se fueron diciendo:

—¡Quita, quita, que a nosotras no nos engaña nadie! Y no hubo medio de convencerlas de que la Alejandra era la de «Corona».

Otro ejemplo de esos aturdimientos que les entran a muchos en los obradores, lo dió uno que fué a tomarse medida y miraba tanto a las sastras, que una, le dijo:

—¿Te gustamos?

—No estais mal, le respondió.

Pero otra quiso puntualizar y exclamó:

—A usted, no le gustan más que las manos.

Y él, asintió.

—Me gustan las manos, no vosotras.

Y se fué, sin tomarse medida.

Lo que son los contrastes. Este grupo de oficialas, que difícilmente encontrarían pareja en ningún obrador, están cosiendo solas, sin patrón, porque a «Cepillo» le gustaba el alpiste y, por lo tanto, de todo lo demás, cero sobre cero. La obra salía, cuando salía, gracias al sacrificio y al espíritu componedor de las mujeres que providencialmente rodean siempre a estos «artistas». Y «Cepillo» lo era, como otros de su gremio. Con la inspiración deslumbrante de los vapores etílicos, tendía en el suelo, sobre la pieza de pana, a Pedro Advíncula, cuñado suyo y en un decir Jesús le cortaba unos pantalones cilíndricos, tan iguales como los cañones de una escopeta, que despertaban los celos de la Sebastiana.

Trasnochadores



Emilio «el Pámpano» y Antonio «Frasco»

EL juego, la juerga y una como dejación a merced del aire reinante, crearon los trasnochadores del pueblo en la época de nuestra infancia, la época de las fantasmas. Y algo de lo fantasmal tuvieron aquellos.

Igual que el teatro de aficionados, que nos llegaba de la Corte, hubo los aficionados a la juerga, estimulados por el ejemplo de la misma coronada Villa.

La juerga del gran centro, la promovían los organizadores de cuadros flamencos o agrupaciones de **tocadores, cantadores y balladores** que caldeaban con la ayuda del Agustín Blázquez, los cafés cantantes y colmados. Era imposible que no tuviera aquello alguna repercusión local y la tuvo de la mejor clase, en el Paseo de la Estación, cuyos establecimientos eran tabernas, cafés cantantes y garitos de juego. Varios alcazareños abandonaron sus oficios para dedicarse a la explotación de la juerga y a tirarle de la oreja a Jorge. A prima noche ví muchas veces, desde la calle, el comienzo de estas juergas, que recuerdo como una cosa de insuperable aburrimiento y a diario veía por las mañanas irse a acostar a los juerguistas, nunca contentos ni satisfechos.

En estos apuntes se han hecho varias alusiones a los noctámbulos del Paseo, pero solo de «Casitas», flamenco de arriba a abajo, pudo publicarse la fotografía al hacerse su semblanza.

Ahora se nos ofrece la oportunidad de publicar la de otro de los principales, el que acaso podría compartir con Don Antonio la hegemonía del grupo: Emilio «el Pámpano»—Emilio Monge Serrano,—segundo de los hijos y el único varón de los del tío Basilio de los billares de la calle de San Francisco.

La flamenquería le absorbió y vivió poseído de la majeza que el acatamiento de la pandilla y el repetuoso temor de las gentes le hizo sobreestimar.

La fotografía corresponde al día que entró en la quinta y está hecha en el patio del Conde, donde tuvo ocasión de lucirse algunas veces.

A pesar de estar puestos a retratarse, la actitud de Emilio es la del **cantador**, con el sombrero ancho tirado hacia atrás y el bastón entre los dedos, como para jalearse a sí mismo.

El que le acompaña con la guitarra, es «Frasco», que también tenía fahenda y luce el calzado que llevaron muchos años todos los flamencos, bota española de una pieza y elásticos, con tacón cónico, alto, para zapatear bailando.

A Emilio se le daban bien las dos cosas y corrientemente cantaba y tocaba al mismo tiempo, pero creo recordar que tenía preferencia por la guitarra, en la que lo inició, como a «Frasco», D. Manuel Manzaneque, el Médico, gran tocador.

Hijo único, Emilio, alrededor de los billares de su padre desde niño, siempre con cuartejos frescos, era natural que no se encarrilara en ninguna ocupación seria y se dejó llevar del ambiente toda su vida, aunque fué escribiente una temporada y se le consideraba de provecho. Como complemento de los billares, tuvieron la respostería del Casino cuando Villaseca, antes del «Viejo» y luego él por su cuenta, tuvo diversos

asuntos, solo o en compañía, todos de diversión, hasta el año 1915, que murió violentamente, con la guitarra en la mano, a los 37 años de edad.

Cuando yo le conocí era el **as** del Paseo, siempre con «Casitas». Iba hecho un señor, como D. Antonio, pero menos elegante. Emilio, casi siempre vestido de negro y camisa blanca, tenía el aire que le daba su vida permanente de colmado, y «Casitas», además de la juerga, estaba pendiente de otras cosas y tenía que comprometerse en los ruedos cuando se terciaba, poseía la elegancia toreara, que difiere de la del tablado.

Los dos eran buenas personas, ocu- rrentes, despejados y generosos; no tenían nada suyo aunque lo tiraran haciendo trastadas, siempre de broma, nada pendencieros, pero como no reparaban, la gente les dió fama de valientes, sin ningún fundamento.

Mi recuerdo va ligado a la época en que Emilio tuvo la taberna en la esquina de la Fonda Francesa, a la vuelta, dando frente al Café de la Paja, un poco más acá de la de Pedro Advíncula, de grato y regocijado recuerdo, como ya consta

en estos apuntes. Emilio le puso a la suya «El Sol sale para todos» pero como lo propio del cuadro flamenco es la variación y él se causaba pronto de todo, un día cogió la tiza y le hizo una raya al letrero, escribiendo debajo:

«El sol sale para todos
y se borra sin disputa,
y desde ahora se llama
la taberna de la Justa».

Entre la gente trasnochadora estos se llevaban la palma y atraían a última hora a los desocupados y remolones del Casino, que se habían quedado solos después de llevar a acostar a todos los demás.

La vida del Paseo, por la mañana, ofrecía el contrasté de los trasnochadores que se iban a dormir y de los estacionista que entraban a trabajar. Los establecimientos de vida diurna que se abrian y los de vida nocturna que se cerraban: Mucho barro en la calzada, humo y tizne, olor a brea, a colillas, a vinos fuertes de Jerez, que se llevaba el aire, aturdiendo la imaginación infantil, tan perpleja y asombrada siempre ante la vida de los mayores.

Asados en su jugo

Un día señalado, le mandó «Frasco» a Julio Espinosa unos pollos, para que los asara en el horno.

Julio cumplió la orden al pie de la letra y con toda formalidad, más serio que un juez.

Los asó con plumas y todo.

Nadie ha contado lo que pasó después, pero, lo probable, es que se los comieran tal cual, muy serios y con sabrosos comentarios sobre lo acertado del ajilimojili.

Fruta verde

Los yeseros eran frecuentes contertulios de «Casitas». Su rústica sencillez se prestaba a que D. Antonio fanfarroneara con ellos a sus anchas, dejándolos con la boca abierta, y un año, los convidó a la matanza.

Comieron y bebieron, como es de suponer dadas las cualidades del anfitrión y cuando ya estaban embuchados, les sacó una cesta de frutas artificiales, hechas de escayola, que no era posible separar del envase, ni clavarles el diente, como todos apetecían y necesitaban para refrescar. D. Antonio las gastaba así y ese fué el recuerdo más duradero de la opípara comilona, sin lo cual se hubiera olvidado todo el día siguiente. «Casitas» conocía la condición humana.

Estanislao Utrilla

LA fotografía que se publica de este alcazareño de pura cepa, está hecha sobre el año 1930, el día que se murió de repente, al entrar en la plaza de toros de La Covadonga, para ver la corrida, con la entrada en el bolsillo, Jesús Zarco—Jesús Zarco Pérez del Moral—uno de aquellos Zarcos, corredores y medidores, altos, delgados, de pantalón de pana negra y blusa azul, más derechos que una vela y más buenos que el pan, que eran tres ellos y el padre, Francisco, hermano de Jesús, el arriero, mozo viejo, de la calle del Santo, que murió cuidando como nadie de la Paz, su sobrina, la mujer del Angel del «Mono»: Todos tuvieron cierta inclinación al tráfico, que la sacó también la rama femenina, y ahí está la de «El Acabose» para probarlo.

Todo esto, que es vida palpitante del lugar, viene a cuento, porque el empresario de aquella corrida, como de otras muchas, era Estanislao, y la súbita muerte de Zarco le dió un matiz sombrío a la fiesta y aminoró mucho la entrada, porque la gente no quería permanecer en aquel lugar, ensombrecido por la desgracia, ni podía expansionarse con la visión del cadáver de tan excelente vecino.

El humor de Estanislao se agrió bastante y la gente, hurguita siempre, no

dejaba de pincharle y al volverse airado para dar a todos una réplica alcazareña, en el momento preciso de mentar la leche, yendo por el ruedo, le hicieron esta fotografía, cuyo gesto no es el suyo habitual, de entrecejo despejado, músculos relajados y gran prognatismo. Por eso, además, está de medio lado, quitándole exactitud a la figura, pues era muy curvado y abierto de piernas, como se aprecia de todas maneras, y lo mismo de brazos, que jugaba mucho al andar, con las manos, gordas, como desguarnilladas, inclinando el dorso hacia adelante, arqueando múltiple, constitucional

en él y muy de ganadero, necesitado de abrazar y sujetar las reses.

Véase que entonces llevaba Estanislao los pantalones como se usan ahora, estrechos de abajo. Antes los había llevado ceñidos hasta la ingle, como buen pastor.

Esto del pastoreo, de andar por los alcaceles de la orilla del lugar, debió hacerle a su abuelo, como le pasó al mío por otras causas, de afinarse en el barrio de los yeseros, entre el Cristo y la Estación, pues se crió en esta calle, en la casa que luego fué de Carballedo y, después de unos cambios al principio de su matrimonio, se hizo también aquí su casa, que conservó hasta su muerte,

ocurrida el día último del año 1938, habiendo nacido el 17 de Septiembre de 1881.

Era hijo de Rafael el «Galgo»—Rafael Utrilla Flores,—hermano de madre de la Dositea, porque la madre «Galga» se casó tres veces y tuvo una descen-



ESTANISLAO UTRILLA

dencia de caracteres raciales muy acusados y notables, porque Rafael parecía un feudal oriental, pausado, cetrino, de facciones y movimientos amplios, boca grande y gruesos labios; cargado con la carne del despacho, parecía por sus maneras que iba a disponer el gobierno de una incalculable heredad. Estuvo casado con la Luciana la «Comina»—Luciana Quintanilla Gómez-Comino—madre de Estanislao, el cual, como es natural, inició su vida en el pastoreo y en el despacho de carne, dedicándose después al negocio de compraventa de ganados, para el que tenía condiciones y le proporcionó un buen pasar.

La vida anecdótica de Estanislao sería interminable, pero lo que importa señalar son sus condiciones de carácter netamente alcazareño, para que no se olvide ni se desdeñe el espíritu de la raza; su bondad, su generosidad, sus fantásticas genialidades de raíz quijotesca, que les hacen decir a los demás que son unos embusteros, pero que son ellos, los embusteros, los primeros en creerse lo que dicen, como si las quimeras fueran mentiras, cuando son lo más cierto y real de la vida y quien dice Estanislao podría decir «Frasco», Benigno el carbonero, Ulpiano, Cuartero o mil más, haciendo y diciendo a diario las cosas más inesperadas e increíbles como travesuras de chico, sin más finalidad ni consecuencia que la del propio y del ajeno regocijo, asustándose siempre el autor como el que más y el primero, si inesperadamente surgía alguna nota de desagrado.

Sin algunos sucedidos, la figura de Estanislao quedaría incompleta, casi desconocida, porque son su atributo principal desde que era muchacho, en cuyo tiempo se cuenta que tuvo una novia,—y no se pintó sola— a la cual se le murió el padre. A pesar de que no era costumbre de la época intimar los familiares de los enamorados, Estanislao no sabía qué hacer, ni cómo salir del compromiso, y, por fin, fué al entierro, pero con tales aceleros y tan fuera de sí, que al llegar al duelo dijo: «De salud sirva», como si hubieran estado comiendo, y salió sin saber por dónde iba, entre el llanto y la risa de los deudos y allegados del difunto.

Como la fanfarronería suele obligar mucho, un día llegó a casa de la Marce-

lina, en Valencia, y le dijo que preparara dos pollos y una paella para ocho o diez, que iban a ir a comer. Se presentó solo, no dijo nada y se lo comió todo.

Y en Sevilla, en la Posada de la Encarnación, pidió ocho chorizos y ocho huevos.

Al ver que no se los servían, preguntó en la cocina por la causa y le dijeron que estaban esperando que llegaran los demás comeusales.

—¡No, hombre, arguyó Utrilla, si son para mí; venga, venga ya, y se los comió todos.

Es muy conocida la apuesta con Penalva, para comerse doce docenas de huevos fritos. D. Casimiro tuvo que pagar la cena de todos los que había en el trato.

Y a propósito de tratos.

Al ir a comprarle las ovejas a D. Juan Baillo, aquel mozo viejo que se alimentaba de migas como sus pastores, le ofreció un precio inferior al que había pagado a D. Ramón por las suyas. Don Juan se lamentó de la diferencia y Utrilla le argumentó.

—¡Cómo quiere usted, D. Juan, que le pague sus ovejas lo mismo, si sus ovejas están en unas tierras miseriosas y son unas ovejas catedráticas!

D. Juan quiso aclarar la relación de las ovejas con lo catedrático y le replicó.

—¡Sí, señor; sí, señor, catedráticas, con menos carne que D. José, el catedrático de Valencia, y no se puede pagar nada por ellas!

En cierta ocasión, llegó al Casino y saludó así a los amigos con quienes iba a jugar: Tengo más mando, hoy, que el Capitán de un barco negrero en los mares «poleares».

Empezó la partida de julepe y como la suerte no le era propicia, le dijo a un mirón que tenía al lado: Ahora, puedo jugar y no perder, pues como ves, llevo el **paraguas caídas**. Quería decir **paracaídas**, pues llevaba el tres de la muestra.

En sus fantasías de los toros fué al Casino ponderando el ganado de una corrida que se iba a dar. Dijo que todos eran buenos, pero que traía un toro jaborero que era la estampa de las gana-

derías. El toro jabonero no salió, defraudando a sus contertulios, y se encogió de hombros, diciendo que se lo habían cambiado.

El negocio de los corderos le hizo muy amigo de D. Arturo Barrera, tío de Vicente, afamado matador de toros, de cuya relación se sentía Utrilla muy ufano.

Cuando debutó en Madrid, tenía tal cartel, que los revisteros preludivieron el acto llamándole «la llegada del Mesías», dando a Estanislao amplia base para sus peroratas en el Casino y para lucirse con sus amigos, los de la tertulia del piano, a los que llevó a Madrid a ocupar las localidades que su gran influencia había podido reservar para el señalado espectáculo, presagiado como feliz, porque al ir el torero de Zaragaza a Madrid le había entrado una mariposa en su departamento del tren. Utrilla mariposeó con la mariposa todo lo que pudo y allá fueron Emilio Panlagua, Victoriano el «Viejo», Manuel Comino, el del «Nido», Bautista Peñuela, Josesillo Romero, Ignacio «Perra» y «Frasco», ninguno de los cuales dejaba que se comiera otro su parte, y en casa de la «Concha», al llegar a los postres, pidieron flan para todos. Estanislao se lo comió de un bocado y llamó al camarero, el cual al ver que no tenía postre, le preguntó si quería otro, y él dijo: *seis*, y se fueron a los toros, tan campantes.

Esta cuadrilla celebraba mucho el día de San Sebastián, durante el día en la bodega de Manuel, en el Santo y por

la noche en casa de Emilio, con judías estofadas, cordero frito y escarola con aceitunas; todos los años igual, repitiendo los estribillos de Estanislao incesantemente: «Hermosas nos ha dicho, Juan de Lerino, a las cuevas de Yepes ha ido a por vino. No me mires Calero, que ni soy oveja ni soy carnero».

El último San Sebastián lo celebró estando en Valencia y cercano a su muerte, en cuyo momento dijo que le dieran la garrota, su apoyo y su defensa desde que era zagal, aunque inútil para el caso.

El buen fondo de Estanislao, característico de la gente alcazareña, se vió siempre, pero un día yendo a Valencia, llegó el revisor para echar a tierra a un hombre que viajaba sin billete. Estanislao, al ver la cara de amargura del hombre se opuso a la decisión del revisor y le pagó el billete, para que siguiera a donde fuera.

Tuvo una mujer, la Nieves—Nieves Castellanos—querería ella, de una gran capacidad. No sabía leer ni escribir, pero tenía mucho conocimiento de la vida y de las personas y sabía gobernar. El lo reconocía y demostraba comprender sus resentimientos, pero hasta cierto punto, porque una vez se armó una pelotera y ella le dijo que así se *quedara a rapaterrón* y él, despavorido, le decía gritando a la Dositea, que su mujer se había vuelto loca, que se le había ocurrido lo que a nadie y no se le olvidó jamás el eficaz deseo de la Nieves, aunque no llegó a cumplirse, porque entonces se hubiera acordado más.

Niebla en el barranco de Piedrola

EN la mañana gris, desde la linde alta de los Quiñones Bermejós con el Castillejo, se ve una masa de niebla apretada que llena el barranco

de la huerta y ensordece el lugar. Hay calma. Los escasos sonidos parecen enguantados, como cubiertos de paja. Los flecos de los jirones de niebla se cuelgan de los brazos escuálidos de la higuera del Rasillo.

Parado en la loma del Rasillo se queda uno absorto, mirando la niebla en aquella cazuela inmensa, apartada, silenciosa.

De rato en rato,—es la hora de los expresos mañaneros,—llega por el saliente una remota trepidación de ruedas, el bufido de la máquina que ha traspuesto el desmonte y silva amenazante el cruce del paso a nivel. Marcha veloz, pero desde la hondonada se la oye lejísimo mucho más allá de donde está y, según va corriendo, el eco de su ruido va acentuando la soledad y el silencio en el barranco, dejando al observador embebido en la contemplación de los bellones de niebla, que como si el tren invisible los hubiera despertado, empiezan a moverse.

La cansera de los domingos

Es un detalle de la vida en mis primeros años, que todavía le recuerdo con fatiga. Se esperaba con anhelo el domingo, pero su celebración le traducían en el día más cansado de la semana.

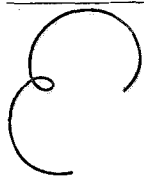
No había en el pueblo para los muchachos más aliciente que el de sus propios juegos o dar vueltas por las calles y pasar infinidad de veces, por las esquinas cercanas a la casa de alguna chiqueja o de sus amigas, acabando, siempre, completamente reventados.

A este cansancio contribuía mucho la indumentaria, pues ya el hecho de vestirse májolo le dejaba a uno incómodo y a veces sin poder moverse. Aquellos paños o panas, gordos e indomables, cosidos y recosidos con singular firmeza, los ceñidos cuellos de los camisones,—nunca se decía camisas,—planchados con almidón por nuestras madres y las botas de pieles fuertes, con una chapa dorada en la puntera para que no se rozaran, le dejaban a uno tieso, de una pieza, contribuyendo mucho a ello el calzoncillo, atado a la canilla, el pantalón ceñido y ajustado en toda su longitud, sujeto, además, en la pretina, con el cinturón de bolsillos y el chaleco bien abrochado. Se iba hecho un paquete, no por lo elegante, sino por lo bien envuelto y sujeto. Era imposible jugar y, además, las madres no descuidaban los encargos de no estropear la ropa de los domingos, todo lo cual acentuaba el cansancio y cuando llegaba la noche se estaba deseando desnudarse y acostarse. No hay que decir que se dormía a pierna sueita, pero la fatiga del domingo era tan grande, que duraba para el lunes, siendo corriente considerar que ese día no estaban los cuerpos tan bien dispuestos para el trabajo como los siguientes de la semana: el desgaste de cualquier día de trabajo se reponía con el descanso de su noche; la fatiga de la tarde del domingo, no se neutralizaba hasta que pasaba la noche del lunes.

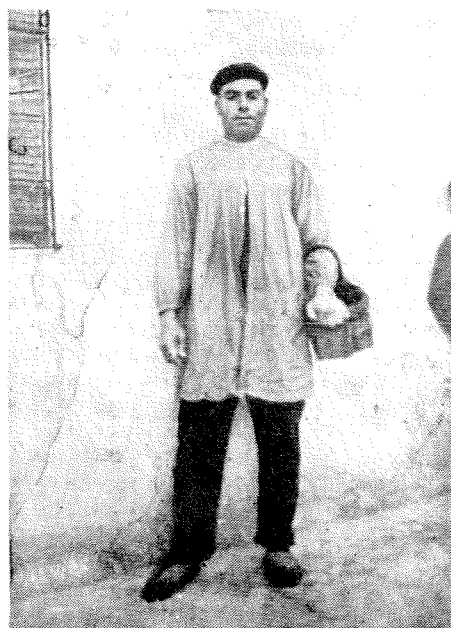
Esta cansera culminaba en la Feria, dejándole a uno muerto, a pesar de la ilusión de feriar, de ver las Vistas y los Títeres y de comer turrón y confites.

Los tres días de Feria eran terribles y se veía a los chicos sentados en las *pasaeras* y en la acera de la fuente por las mañanas y en la puerta de la «Gorgusa» por las tardes, a la sombra, sin poder tenerse, agobiados por el fuego y el polvo de aquellas ferias tan esperadas, cuyas lluvias marcaban la terminación de la canícula, que tenía hechos pavesa a los chicos agostizos y escrofulosos.

Recursos que decaen



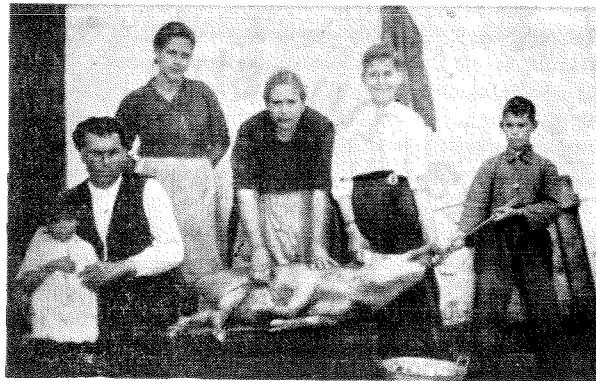
SE aquí a «Juana-cha»—Juan Arias Barco—cuyo recuerdo, ineludible en el simbolismo alcazareño, se publicó en el fascículo anterior. Es lamentable que esta fotografía no saliera con aquel sencillo trabajo, pero no queremos dejar de incluirla en la obra, con la esperanza de que al refundirla posteriormente pueda publicarse en su debido lugar, para conocimiento de todos.



Viendo la fotografía, que le representa en su época de matador de gorrinos, cuando sustituyó a su padre, se observa que aparenta en ella ser algo más alto que era en realidad y menos abierto de piernas y brazos que luego fué.

Nunca llevó la blusa tan larga como aquí aparece, a causa de que para retratarse se deshizo el nudo que siempre llevaba en la delantera y que recogía la prenda hasta las caderas. Las arrugas del faldón son debidas a eso. Alguien que estaría por allí, sin comprender bien el mérito de la naturalidad, le hizo de soltarse la blusa, a pesar de lo cual la figura conserva sus rasgos propios, que se puntualizaron en el cuaderno anterior y de los cuales no tenemos que modificar ningún detalle a la vista de la fotografía de este inolvidable alcazareño, cuyas manos eran más bien garras, como se vé, formadas a fuerza de sujetar presas huidizas.

RQUI está «Juanacha» con la Marceliana y los chicos, en una interesante fotografía que debió ilustrar el capítulo que se le dedicó en el fascículo anterior.—Calculo aproximadamente que pertenece a la época en que abandonada la albañilería y, consagrado a la carnicería, se va consolidando su cambio de posición. La escena que representa da una idea clara del método de las matanzas caseras. Aunque «Juanacha» lo hiciera ya un poco industrialmente, no varió el procedimiento: la res tendida sobre un soporte bajo, atada de las patas, sujeta de la quijada por el gancho que tiene el chico y de la oreja y la jeta por el que ha efectuado el degüello, porque el gorrino ya está muerto y acaba de dar la sangre, como demuestra la quietud del ambiente, en el que todos están pendientes del retratista. No se vé la lumbre, pero se nota cerca para escaldar y pelar al animal; lo denota la sartén y la chaqueta de Juan, colgadas en los clavos. La caldereta está llena de sangre. En las casas se utilizaba un lebrillo, pero como él lo usaba mucho, se le rompería y lo sustituyó por el barreño de zinc, menos frágil.



Las costumbres del lugar difieren de esto, en la hora, que siempre es de madrugada y el sitio, que aunque cerca de la cocina, siempre es al raso, donde corra el aire y el agua, incluso cuando la gorrinera está cerca del hornal, como es frecuente, se saca el animal a lo ancho, tirando del gancho y empujando del rabo. Tampoco se remanga la gente tanto alrededor de la Pascua, en medio del corral, ni siquiera él, que se ceñía bien los manguitos a los muñecas. El tiempo era otro y desde entonces las matanzas en Alcázar van decayendo progresivamente, como todo, camino de su desaparición. De ahí la importancia de conservar este recuerdo gráfico de lo que fué durante muchos años suprema necesidad y arreglo de la vida familiar en Alcázar.

COMO excepcional hay que considerar el hecho de que por el año 1900 se hiciera esta fotografía en una Quintería alcazareña. Claro, que se trata de la Casa Cortés, lugar muy querencioso de siempre para la caza y algún cazador debió hacerla. El del sombrero que lleva la yunta, con una mano en la esteba y la ramalera en la otra, es Maximiliano Cortés Raboso. A su izquierda está, agobiado por la pata, su hermano, Patricio «El Cojo Cortés», y más allá un chico, José María Cortés. Montado en



la mula Leona, que está sola, Ricardo Cortés, el mozo viejo, hermano del P. Domingo. En la fila, detrás de los de la yunta, están, Higinio Alameda, puesto de gorro y con un arnero en el ijar. Despechugado, «Juanaco», Juan Barriero, - el conocido panadero de la calle Ancha y su mujer, la Cándida, y a su lado la Paca, — Francisca Cortés.

La tierra nuestra

DECIAMOS que Alcázar, sin monumentos históricos apenas, tiene el suyo mejor en la tierra misma, en los resecales que lo circundan, en los lastonares del camino de Villafranca, en los gredizos del de Piédrola, en las caleras de la Altomira y en los yeserales de Los Anchos. La tierra, revuelta por el hombre de mil maneras para sostenerse sobre ella, y el Cielo raso, poco elemento con su necesidad. La tierra amasada para hacer la choza y estrujada para sacarle el salitre o arañada para que lleve los cuatro granos con que hacer el pan de cada día, el pan seco de la tierra seca que, raída por las lluvias y los aires, asoma sus garrones depellejados en los pilancones de los Cerros del Tinte y en los riscos del de San Antón, cortados por la vía.

Los cerros y cuestas que rodean el lugar, dejándole solo el desahogo de la bocana del Poniente, están pelados, desnudos, salvo la sombra de las cuatro olivejas que no quita el reseo de la costra, que da a la tierra el aspecto descolorido, asolanado y duro que le es propio. ¡Cómo acentúan las olivejas y los álamos solitarios de las huertas la austeridad del paisaje alcazareño! ¡Los álamos sin sombra y la sombra poco atractiva y cenicienta de las olivas!

La aridez grisácea de los cerros del Tinte, sin una mata siquiera, contrasta con lo abermellonado de su caída, formando el vallecillo de las Santanillas que hace juego con las laderas de los cerros de San Antón y de la Horca, echando sus aguas hacia el Albardial y hacia la Veguilla, brava y cuarteada costra en toda su extensión, de raro aunque de fecundo aprovechamiento; lomas largas y suaves, barrancos, el otro vallecillo del Mamello, la gran manta de viñas que tapiza todo el término y el horizonte raspado, limpísimo, que hace resaltar las labores del terreno en cada parcela y los variados tonos de la composición y calidad de la tierra, como un inmenso mosaico de piezas cuadradas o alargadas, cornijales agudas, cañadas y ribazos que, en los días de calma, se contemplan con deleite y como acariciándolos con la vista.





He aquí dos mozos espigados, juncos de los salobrales alcaceños, bien fajados, como los puros de calidad, y dulces como las uvas y los melones que dá la tierra. Todavía, uno de ellos, cría en las Santanillas, detrás de la Estación, las habas crujientes, más dulces y sabrosas de la comarca.

Se trata de «Pío»,—Venancio Sánchez,—y de Esteban Carpio, que es el «Tinguilangue» actual, porque el mote viene de atrás, del padre, que fué caporal famoso por sus buenas condiciones.

Los dos parecen más estirados que luego fueron, porque perdieron totalmente la esbeltez en el trabajo de la tierra, como las raíces de nuestras plantas, que se tuercen y retuercen para pasar la tosca, pero amigo, lo que chupan de abajo es azúcar sola y así fueron ellos de buenos, joviales y conformes, que habrá pocos hombres de tan buen carácter como «Pío» ni que se diviertan más, teniendo menos.

«Tinguilangue» lleva elástica de corchetes, con mangas, como se estilaba, en lugar de los «jerseis» actuales, y en cuanto a los pantalones y calzado, son bien parecidos a los que ahora hacen furor, ceñidos y arrugados. Decía la «Sira» que Esteban no gastó camisa hasta que se casó y ese día llevó un sombrero prestado. Amanecieron con seis reales y Esteban quería comprarse una boína y la Julia una toca, por lo que esperaron al día siguiente para ver lo que recogían al sacarlos a misa, lo que hizo la Mercedes de «Rufao», regalándoles tres pesetas al volver, para que juntaran para las dos cosas.



IMP. CASTELLANOS.